

MARÍA DEL CASTILLO

EPISODIOS
DE MI ALDEA

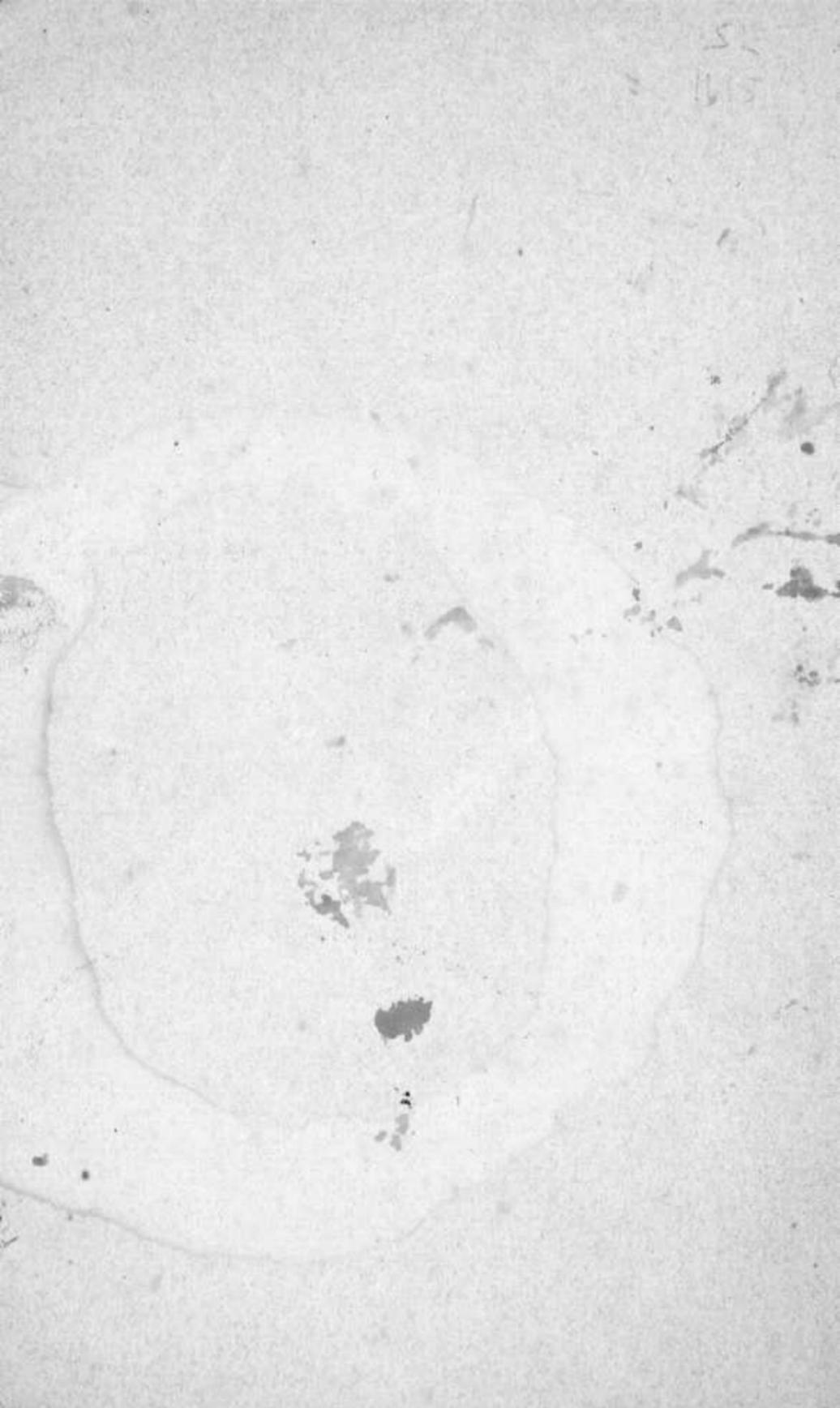


SL
F-135

VALLADOLID:
Imprenta de Andrés Martín Sánchez.

1911

5
1615



SL
F-135

Regional

200

El Ideal

de Magdalena

R. 29.008



VALLADOLID

IMPRESA DE AGAPITO ZAPATERO

Fuente Dorada, 30.

1910

F
860





El Ideal de Magdalena

Era una floresta vírgen, mecida por los céfiros; era un lago tranquilo, era una tarde de esas que en el Valle se gozan llenas de rumores y brisas perfumadas; era un bosquecillo donde aleteaban mariposas blancas, y anidaban los ruisseñores; era la placidez candorosa del niño, era... algo que hacía recordar el cielo, el alma de Magdalena, y todos aquellos dones que había recibido de lo alto los repartía pródigamente entre sus semejantes. Diríase que sólo vivía para ellos. Tenía tal olvido de sí misma, que apesar de su juventud y su hermosura, se encontraba con la pared su mirada creyéndose frente al espejo cuando peinaba sus cabellos, ¡ah! su pensamiento estaba en otra parte... la esperaban en muchas viviendas de su aldea y otras cercanas, tantos seres desvalidos... allá tenía un adolescente moribundo que necesitaba los céfiros de la floresta, acá la esperaba para llevarle al lago tranquilo, enfermo de pasión de venganza, acullá la esposa desolada lloraba el amante compañero, y la hacía falta la brisa perfumada de su consuelo, por este lado gemía el abandonado parvulillo porque le faltaban las caricias que son la placidez de la infancia, por aquél la anciana paralítica lloraba sin esperanza y tenía que enseñarla algo que la hiciera recordar el cielo, y así recibía y daba todo lo que poseía como angel tutelar de aquellos lugares.

Magdalena era hermosa, con hermosura de líneas suaves y armónicas; su rostro ovalado, del color del marfil mate, y su cabeza de estructura

irreprochable, le hacía semejarse á las vírgenes de Rafael; y no inspiraba al hombre amor terreno; sentíase el que la miraba poseído de respetuosa admiración, y así había vivido y llegado á los treinta años sin pasión amorosa, y no sólo sin sentirla, sino con grandísima aversión hacia ella. Tenía un criterio enseñado por algunos pasajes de su vida sobre pasión tan abominable que había quedado impercedero en su ser y decía sonriendo, ¡qué sarcasmo! llamar amor á lo que aleja de la paz, de la tranquilidad, del sosiego... á lo que produce rencillas, amarguras, ódios, crímenes... ¡qué sarcasmo! llamar amor á lo que hace al hombre idiota, irracional, asesino... Después... se sonreía creyendo que lo que ella sentía por sus semejantes era un himno de amor eterno que la producía delicias sin fin, y como no tenía vocación religiosa así había de ser el que la inspirase el esposo que Dios la deparara y sino más feliz era sola. Este criterio firme como asentado en granito le había aprendido mejor que se aprenden en las aulas los conocimientos humanos, en la cátedra permanente de los sucesos pasados á su vista; todos del natural. El observatorio era su cuarto de labor donde pasaba las horas del día. Desde allí sabía donde radicaban en la aldea las reyertas y envidias hijas de los juegos de los niños. Al oírlos las madres venían volando y se increpaban duros calificativos, expresión de la ira, y Magdalena se asomaba fuera de los cristales, á decir con su voz melodiosa, que ambas partes eran delinquentes y se retiraban silenciosas porque en la aldea es muy temido el testigo presencial. Bien sabía ella que la ira terminaba muchas veces en golpes y cárceles. Aun no tenía veinte años y acudían á su justicia las mujeres en sus contiendas cuando no se anticipaba ella solícita á evitarlas. La pasión amorosa érale antipática porque teniendo amigas enamoradas escuchaba y oía cosas que su criterio rechazaba después de razonadas.

El amor que sentía por su padre y por sus hermanos, que la producía un gozo, una alegría, una felicidad incomparable ¿por qué no era el otro así? ¿por qué la amiga enamorada que tenía á su amado

ausente si no venía puntual á la hora, la veía palidecer, inquietarse, turbarse y afligirse? Si al árbol se conoce por sus frutos, aquel que los producía tan malos, no era bueno; había que cortarle. ¿De qué nacen esos efectos? preguntaba á su amiga.

¡Oh! del amor grande que le tengo.

Eso no es amor. El amor es sereno, dulce, confiado, tranquilo... ¿Sientes así cuando tarda tu padre ó tus hermanos en venir como pensaron á una hora fija? no; ¿amas á tu padre y tus hermanos menos? no; es un amor distinto; tú nunca le has sentido así Magdalena.

Ni quiero, porque eso que tú sientes, es el yo absoluto, absorbente, egoista, y sino vamos á verlo. Si tu amado se hallara detenido por socorrer á un enfermo (mírate bien hacia dentro) tú..... sentirías su tardanza. Si le hubiese necesitado su padre, á quien debe subordinación completa y ésta le llevara á cumplir con su deber..... te causaría enojo su falta de puntualidad; y por último, si se hubiera detenido en el templo..... tú quisieras ser preferida á Dios mismo, tú desearías verle sumiso, obediente, esclavo..... con todas las acciones y obras del libre albedrío del hombre sujetas á tu capricho, y entonces..... convertido en automata no le amarías, porque tú eres ser racional.

Tus teorías en esta materia son extravagantes Magdalena, porque no has sentido nunca una gran pasión. Bien haces en llamarle pasión ó vicio, que es lo mismo, pues todo lo que sea apasionamiento está fuera de la justicia, y aquél tiene como satélites los siete vicios capitales, le invade la soberbia de querer ser preferido á todos, y la avaricia, queriendo para sí lo que es de Dios. Tiene el vicio contrario á la pureza porque entra en él como primer factor, el afecto material; tiene la ira, que á la menor contrariedad se presenta, tiene la gula, por querer hacerle manjar de injustos apetitos, tiene la envidia, que son los celos y no hay pasión de ésta sin ellos, y por fin le invade la pereza del bien obrar, porque el poseido de esta pasión aborrecible, se hace inepto para todo, absorbido por ella. El amor como yo le concibo es como la caridad. El

amor que yo tengo á mi padre y á mis hermanos es el mayor que puedo sentir, gozo con sus goces, lloro con su llanto, estoy identificada en todo con ellos, en perfecta armonía, así ha de ser al que tenga por mi esposo, si algún día hallo compañero que sienta como yo. No le hallarás Magdalena dijo su amiga ¿Quién sabe? hace algunos años tenía yo entre mis desvalidos la máxima desgracia humana; una leprositita de diez y nueve años más candorosa que un niño y tan sufrida que no le oí desear jamás tener manos que se habían llevado la enfermedad corrosiva, ni pies que eran masa informe, ni nada agradable de la vida, pues era hija de una menestrala viuda que ganaba su sustento. Yo la tomé gran cariño y no había cosa que no discurriera para atenuar su desdicha, la contaba cuentos, la acompañaba en su infecta morada largas horas, la daba calefacción en invierno y abanicos en verano, yo misma colocaba golosinas en su boca sin labios, y con todas estas esquisiteces de mi ingenio fuí un día á visitarla, cuando el sol derretía, y la encontré dentro de una preciosa jaula de finísimos alambres, que un soplo la movía, para evitar las picaduras de las moscas; ¿quién te ha hecho tan delicado y caritativo regalo? la pregunté; un caballero que vino á visitarme; y como yo viese que no había previsto á los sufrimientos que estos animalitos podían producirla, y otro ser con más sùtil caridad lo hubiese previsto, puede así mismo haber quien sienta el amor con más perfección que yó. Se me ocurre Magdalena, si en ese sentimiento tan grande, te buscas á tí misma, para gozar esas delicias sin fin tuyas. No, porque es amor de sacrificio. Has de descontar que para llegar á la choza ó la guardilla, al hospital, ó á la enfermería, me acompañan en distancias de cuatro ó cinco kilómetros de ida y vuelta, el sol canicular, la escarcha del invierno, la lluvia, el grani-zo, el contagio... la repugnancia... pero sucede con estas obras lo que á todos con esas hileras de lisiados ó paralíticos que se colocan á nuestro paso, y vamos depositando en su mano la limosna, sin recordar á quién la damos. Amiga mía; el amor como yo le concibo es como la caridad. El amor es be-

nigno; no piensa mal no se ensoberbece, no es ambicioso, no busca su provecho, no se mueve á ira, no goza en la iniquidad, goza con la paz. Cuando mi ideal, el que ahora vaga por los espacios del alma, le sienta así, y sé me ofrezca convertido en ser humano variaré de estado.

Cómo se formó su espíritu

El retiro, la soledad, y el reposo del pensamiento, señalan al espíritu veredas muy distintas de las que señala el tráfico del mundo. Por ellas sube en busca de algo que llene su aspiración infinita. Este fué el ambiente de Magdalena alternando con los cortos inviernos que pasaba en la vetusta Ciudad de Reciajo donde se había educado pensionista en un colegio. También allí aprendió pronto, que había seres desvalidos y necesitados de amor convertido en obras y llenaba sus deberes de prójimo como en la aldea. A los veinticinco años perdió á su padre, siendo huérfana de madre desde su nacimiento; dejando aquél una famosa casa de banca á sus dos hijos, y á su hija rentas de gran señora, se fué á vivir ésta con una tía suya hermana de su padre, que vivía sola y habían estado á su cargo desde niños. Tenía casa propia en Reciajo. La solariega de la aldea la había heredado ella, por ser muy aficionada al retiro. Su tía gustaba de la ciudad en invierno y ella iba por complacerla. Aunque era rica, la fortuna tenía la su alma en poco aprecio. Desde muy jovencita era ya observadora, y acudía á indagarlo todo con la insistencia de quien piensa hondo, y así era muy frecuente, mirando al pequeño mundo que la rodeaba preguntar: Tía, ¿por qué se maltratan esos niños? ¿no tienen padres? Sí hija mía, pero no les han educado ni enseñado la tolerancia y la dulzura. Tía, ¿por qué llora esa pobre mujer? Porque su marido ha bebido con exceso y ha perdido accidentalmente la razón. ¿Y por qué se lo han dado ó lo ha tomado? ¿no sabe que es malo? Sí hija mía, pero lo sabe vagamente ó con poco arraigo y se deja

llevar de su afición desordenada. Tía, ¿porqué llevan á ese joven á la cárcel? Porque ha hurtado unas gallinas. ¿No sabe que es malo? Sí, pero hacía falta recordárselo en amonestaciones anteriores. ¿Y por qué no se lo enseñamos nosotros que lo hemos aprendido con maestría?, yo creo que hacemos mal, porque si estos vicios radican principalmente en la ignorancia, somos culpables los que poseemos la religión y la moral, si no la enseñamos á nuestros semejantes. Ayer ví llorar á una ancianita porque no tenía que dar á su nieta enferma, sí, eso, yo la socorrí con dinero. Esto es facil de remediar; la limosna se dá pronto, pero otras necesidades exigen deudas de nosotros mismos. Pues yo quiero dar ambas cosas, quiero darles mi vida, porque me apenan tanto las desdichas de mi prógimo como las mías, ó quiero emplearla en ellos, en aliviarles, en consolarlos, en enseñarlos.

Le parecía á Magdalena que aquel pequeño mundo que abarcaba, tenía vergeles deliciosos, y extensas llanuras de arena, ¿por qué no cultivarlas? ella sabía muchas cosas que aquellos pobres seres ignoraban; ¿por qué no trasmitírselas? y de aquella meditación hija de la soledad, nació la fecundísima caridad que difundía entre todos, en su peregrinación por la tierra.

En la ausencia de un invierno en Reciajo hubo un acontecimiento en la aldea muy inesperado. En una dilatada pradera, fuera de ella había hecho un indiano una magnífica casa con jardines, que hacía años no se habitaba, primero con muebles que fueron llevando los parientes del dueño y luego vacía, por su difícil alquiler; y precisamente por el sitio que ocupaba, vino á tomarla un doctor de gran fama, para fundar en ella una casa de salud y para hacer sus estudios y operaciones, lejos del bullicio. Sus amigos decían, que desde la noche á la mañana se le había ocurrido venir allí, pero eran muchas las noches y las mañanas que le habían decidido y conducido á aquel lugar. Otros aseguraban que era un sabio, que deseaba estudiar en la soledad, y algunos que era un filántropo, que quería atender con su ciencia á los que no tenían medios para con-

sultarle y esto prevaleció entre los aldeanos y no se hablaba más que del *buen señor* amigo de los pobres; y en verdad que curó á muchos y hasta dió hospitalidad gratuita á los que necesitaban para la operación detenerse días y subió por su pié á un caserío distante, donde una mujer joven aún, vivía en su lecho hacía muchos meses con un tumor abultadísimo en el vientre, y la curó y se levantó de aquél, y por allí andaba fresca y lozana alabando á su bienhechor. La belleza varonil acumulada en el doctor era sorprendente, según la expresión propia de los campesinos, el más guapo que había nacido: Era alto de proporcionada talla, esbelto y de hermosísima fisonomía, ojos negros, llenos de bondad, y de inteligencia que la embellecían sobre manera. Tenía toda la barba tan perfectamente cuidada que se creería que iba á asistir á un baile de etiqueta, y como si artificiosamente los hubiera colocado allí su dueño, cuatro ó cinco hilos de plata hacían resaltar su brillo y negro finísimo. El pelo levantado sobre la magestuosa frente y el aire un poco altivo de su persona, hacían recordar el dominio de su vastísima cultura; luego venía la mirada bondadosa y fina sonrisa á darle irresistible encanto. Este era el tipo que llenaba por completo el ánimo de los aldeanos cuando volvió Magdalena á su casa veraniega. La primera que fué á verla llena de alegría, fué la enferma del caserío que ella había socorrido tanto y la dijo: ¡Ay señorita Magdalena! ya la ha mandado Dios esposo á estos remotos lugares ¿Cómo? ¿qué dices? El doctor de la casa de salud que se parece á V. como dos gotas de agua se parecen: amigo de los pobres, amoroso, bendito, y bien bendito, que subió á mi casa y curó mis miembros entumecidos. Todos nos decimos unos á otros; este señor para la señorita Magdalena. No diga usted dislates mujer. ¿Y qué le parece á V. señorita? Le dijimos cómo era V., cómo nos consolaba, nos socorría, nos enseñaba, y dijo: que la conocía á usted, que la había visto desde una ventana de la casa de salud, y en un viaje de aquí á Reciajo. Magdalena recordó vagamente, que un día vinieron dos forasteros á ver la casa, y del vagón no recordó nada y

contestó: yo no le conozco, y no volvió á ocuparse de él, si bien la encantó el Asilo para sus protegidos enfermos.

Pasados algunos días de su venida, el médico de la aldea presentó á D.^a Ramona tía de Magdalena, al conspícuo y sabio hipócrates diciendo: aquí tiene V. al español que más honra su patria. Señora usted conoce de antiguo á mi amigo, que es de lo más ciego para juzgar á los suyos. En esta ocasión caballero va con la opinión pública muy conforme la suya. Gracias señora, ya estoy á sus pies como vecino inmediato. Después volviéndose á su sobrina se inclinó respetuosamente, su amigo dando golpecitos amistosos á la saludada, la presentó: aquí tienes una rival temible que traerá á la casa de salud más enfermos que nosotros, pues tiene numerosa clientela; Magdalena se inclinó sonriendo y admitiendo la indicación. La mirada del doctor pasó por la tersa superficie de aquella alma hermosa revelada en su rostro y ella le devolvió una suya, dulce, tranquila y serena que dejó estático al doctor.

Si la morfina que aplicaba para mitigar los dolores del paciente, producía la calma, el fluido de aquel mirar traía algo como caricia de niño y le llevaba lejos de un mundo en quien no creía, y que ahora le sugestionaba. El sabio había vivido poco en la sociedad y el trato con mujeres casi no le conocía á pesar de sus cuarenta años. Sus estudios prolijos desde joven le habían alejado de todo contacto social, después que se extendió su fama trabajó con ardor para no desmentirla, y como punto final, ser útil á la humanidad ¿si no para qué trabajaba? El tenía pocas necesidades, únicamente viajar, para ensanchar sus conocimientos y asistir á las clínicas de los más famosos hospitales de Europa. Era huérfano, y le sobraba mucho, y fué lo que le hizo fundar el Sanatorio.

El médico siguió hablando á D.^a Ramona de su amigo; éste no es tresillista, no puedo presentarle con esa habilidad de ociosos, pero le traeré y le oiremos contar sus viajes que son muy amenos é instructivos, porque no todo ha de ser trabajar con

vida de jornalero. Yo quisiera distraerle algo, vive abrumado y á cuatro pasos de nosotros no puede hacer gran sacrificio, dedicándonos algunas horas. Le llevaré al Cura y al Farmacéutico que somos los contertulios de estas señoras, y los únicos que podemos tratarnos aquí. En el camino le dijo su amigo: ¿por qué me has presentado para visita diaria, habiendo una señorita en la casa? puede no agrada-la. Magdalena no se enamora de nadie; para ella serás un prójimo más, uno como nosotros, pues aunque no haya visto hombre que valga lo que tú, en la materia de su filosofía ó que más aprecia, ella habrá conocido alguno que seguiría su escuela en materia de afectos, y nada consiguieron, por no encontrarlos la profesora suficientemente instruidos. Tiene que ser otro yo, que sienta este amor tranquilo que dá la paz y el sosiego y con *esto* delicias sin fin y... la verdad sugestionada oyéndola y quisieras sentirlo así. Para tí va á ser un caso patológico, y así la vas á juzgar, pero es la mujer de más claro entendimiento y sano criterio que has conocido. ¡Oh! estoy de enhorabuena, para tí somos dos españoles notables.

Y pasó el verano; y el doctor asistió á la tertulia, dejando de ir algunas noches por su excesiva ocupación. Magdalena levantaba la cabeza de su labor y decía dulcemente: ya no viene Marcelo esta noche; ha pasado la hora y es muy puntual, y al día siguiente le decía sonriendo: nos hemos acostumbrado á su compañía, y lo sentimos cuando falta, doctor.

—Yo también Magdalena, necesito este rato de expansión placentera para mi espíritu, agitado hasta que encuentra la solución del problema ó no la halla, y vuelvo á investigar, á ahondar, á consultar á pasar nuevas vigias, en busca muchas veces de lo imposible.

—Busquelo V. tranquilamente Marcelo, ya sabe V. mi doctrina; nada que cause turbaciones ó inquietudes es bueno. Yo, después de lo santo, lo que más amo es la sabiduría, pero quisiera que la buscara V. serenamente, ella eleva y deleita después de hallada, que antes no nos turbe.

—Eso no puede ser Magdalena, y V. misma que es la perseguidora de los ideales más bellós, cuando busca V. el bien, que es el ideal supremo, se agita se cansa; para el consejo al ignorante, para el consuelo al doliente, hay que sufrir la empinada vereda de su rusticidad, hay que sufrir la fatiga que enerva al cuerpo, y después disfruta V. de la bondad que aquellas penalidades produgeron.

—Sí, pero en mí queda sereno el ánimo, si no lo consigo, y en V. la agitación de la contrariedad.

Así es, porque, la persecución mía, no es tan ideal: tiene mucho, todo de humano, y aunque á mí me parezca que estudiaría en un desierto, por mis aficiones, y que con el estudio, quiero mitigar las dolencias humanas, pueden entrar otros agentes menos altruistas en mi empeño; pues sigamos nuestras veredas Marcelo, y en cumpliendo con nuestro deber nada nos pueden ni podemos nosotros exigirnos. Siga V. su noble y hermosa tarea. Lo humano todo es imperfecto.

Menos el ideal de V. mi bella amiga.

¡Oh! este es tan sencillo que no concibo nada de otro modo pues para mí está tan alto que apenas le delecto, si no le hubiese puesto á sus pies. ¡Quien sabe! si viéndole á V. tan atractivo llegara V. á sentirle, ¡ah! mis anhelos con los estudios ó clase de estudios, son tan prácticos, tan experimentales.... Sí, es más sencillo mi teorema, y su estudio al alcance de un niño. No lo mire V. como efecto del saber, sino como sentimiento brotado de la esperiencia estudio espontáneo que acaba en cátedra tan necesaria al hombre para ser feliz, como los principales ramos de la sabiduría. Si se fija V. en una planta, le pasma hasta su desarrollo completo, los trámites de la naturaleza, para llegar á su fin, y sim embargo, nadie cuidó aquella florecilla: una pequeña fracción de simiente que llevó el aire en su vuelo, y cayó en aquel sitio, le hizo brotar tan perfecta y tan galana. Así nacen en el alma los más hermosos sentimientos, y brotan de ella los efectos puros y serenos que yo amo.

Usted persigue el bien por el bien, Magdalena, como hay artista que ama el arte por el arte, otro,

por ver su nombre entre los genios, y habrá quien pinte y modele por hacerse rico. Yo tengo poca afición á la riqueza pero no sé si amaré la gloria en mis ansias de sabiduría, como aquéllos.

—Aunque así fuese Marcelo, siga V. yo le animo á trabajar para llenar otros fines y después mirará V. con desprecio los móviles y limados con él quedará como el oro en el crisol, el saber.

—Al lado de V. de todo soy capaz.

—No doctor, al hombre le capacita y eleva el Ser Supremo. El me enseñó á mí el perfecto amor y quedó indeleble en mi memoria, le maduró el entendimiento, y le abrazó la voluntad. Dicen algunos que mis teorías son extravagantes. Ninguna es mía. Las aprendí hechas. El amor de Dios al hombre le da á buenos y malos, á sabios y á ignorantes, á grandes y pequeños, á amigos y enemigos: ni disminuye, ni crece, ni se agota. A todos corresponde gran cantidad ¿por qué no imitarle? y persiguiendo esto que llama V. mi ideal, me encontré ó se encontró el amor terreno, material, egoísta y apasionado, con un bloque de granito ó con una plenitud, que llenaba mi alma, que no había cabida para más.

—Por ahora amiga mía soy niño que deletreo en sus dogmas; pero seguiré oyéndolos con admiración y espero llegar á comprenderlos.

Y vino otro verano, y otro, y otro, hasta cinco años y las relaciones entre dos seres tan distintos seguían inalterables, á pesar de las disquisiciones Psicológicas de Magdalena, y los argumentos naturalistas del doctor. La sugestión atractiva de ella daba al traste muchas veces con lo que palpablemente veía Marcelo, y hubiese dudado que la suma de dos y dos son cuatro si no lo afirmaba ella con su palabra armoniosa como arpa pulsada por habil mano. El no lo sabía tal vez pero su cariño era intenso y como emanado de mujer tan singular no producía celos, impaciencias ni contrariedades: cuando ahondaba un poco parecíala fraterno. Hasta su larga ausencia del invierno tenía una despedida que á nadie afectaba, ella imprimía en todo acontecimiento, la serenidad y la calma, lo invariable y lo ageno á penalidades, y le decía sonriendo: hasta ma-

ñana, el tiempo pasa pronto, yo creo que vine ayer y el doctor subyugado por ella, creía lo mismo, que otro día volvía á verla... y también se sonreía. Después, cuando el preguntaban sus amigos y otras personas, que creían amorosas aquellas relaciones, y para un pronto desenlace cuando llegaban él contestaba invariablemente: pronto, cuando lea con perfección, ahora estoy delectando, y al quedarse solo se afirmaba en su broma. El la quería muchísimo, como á ningún ser humano; creía absurdo medir su talla moral con la de ella y ya que debía, al dulce bienestar de un amoroso deliquio, y aquella seráfica tranquilidad que le permitía trabajar largas horas en sus tareas científicas, ya que dejaba en su alma sereno lugar para todo lo bueno, según su dogma, el cariño debía ser bueno y merecedor de la gratitud y respetuosa admiración. El no era digno de ocupar otro sitio (y esto era muy honroso) que el de amigo. El doctor era respecto de Magdalena era un obrero que trabajaba en bronce, delicadas labores, y las de ella eran cándido cendal é impalpables encajes tejidos por hadas. A principios de un invierno en Reciajo una tarde que hacían labor tía y sobrina dijo la primera: ya sabes cuanto he deseado siempre verte colocada no teniendo vocación religiosa, pero ahora que los años me van acercando á la muerte, me apena sobre manera dejarte sola hija mía ¿por qué no te casas? aun no es tiempo, contestó alegremente Magdalena ¿Aun no has hallado tu ideal querrás decir? Sí tía mía. ¿Y el doctor? yo creí que sus sentimientos humanitarios, su talento y su hermosura, llenarían tus aspiraciones—No tía, el doctor se aproxima, pero no es como deseo—Pues ahora que te oigo hablar sobre tu afecto á Marcelo que lo creía más interesado, ó amoroso, te daré una noticia que te sorprenderá como á mi. Cuando llegamos aquí este invierno, nuestros amigos los de Montes estaban muy intrigados como ellos decían, por tus relaciones con el doctor y enseguida me preguntó Antonia si es verdad que teníamos boda.—Yo nada sé, la respondí, y soy la primera que debiera saberlo—¿Pero no me negarás que hay amores?—Tampoco puedo asegurártelo, aunque me parece que se tienen alguna in-

clinación por su trato.—Pues ya que veo á tu sobrina seriamente ocupada, te diré, con ingenuidad que al ver á mi hijo Antonio un día y otro ocupado siempre en sus planos de puentes y carreteras, acercarse á los treinta años (ya sabrás que es de la misma edad de Magdalena) sin amores ni distracciones de ese género, acaricié la ilusión de unirle á ella, que gusta de afectos tranquilos y casi inocentes como serían éstos con el trato que han tenido desde su infancia. Se lo dije al interesado y me contestó riendo á carcajadas ¿pero me quieres casar con mi hermana? No por Dios, madre! Si voy á su casa quince días seguidos y algunos no la veo, otros quince, la hablo todos los días, y otros tantos paso sin ir.

Es muy hermosa, muy buena, de gran talento, pero es mi hermana. Tía, ese es mi esposo, ¿te agradaría Antonio? á mí sí, porque ese *suyo* es el amor mío; es decir, el suficiente para mí pero para él no lo soy yo. Lamento con esas carcajadas no sentir otro que le moleste, que le desvele, que le inutilice sus trabajos. A él le falta para su felicidad, lo que á mi me sobra, ó es suficiente para la mía. Mira Magdalena, no se que disquisiciones son las tuyas ni que *filosofías* que no las entiendo pero si sé, que en Reciajo le llaman «El partido de las muchachas», por lo mucho, muchísimo que vale, con su horror á los amoríos, con sus costumbres de gran moralidad, por sus trabajos notables, en su carrera de ingeniero, y su familia vería contentísima esta boda y yo también. Tu le quieres como á tus hermanos ¿qué más deseas? yo nada. Ya le preguntaremos á él y verás como desea otra cosa. No no, el se reía porque te juzgaba imposible. Allá veremos. No hija mía, no deshagas esta boda. El te quiere yo creí que te agradaba Marcelo, y no quise contrariarte, pero no me era tan agradable por ser más desconocido, y menos igual á tí.—Si tía, en eso has acertado no somos iguales. Desde la materialidad de sus estudios de naturalista juzga quimeras mi desasimiento de pasiones tiránicas, y aspiraciones hacer sectarios. Lo que á mí me parece natural, sin artificio ni doblez, á él le parecen embriagueces de la soledad, y.... quién sabe ¿si yo le habré costado vigili-
as cre-

yéndome enferma sin cura posible?... El me quiere por mi sencillez ó ingenuidad infantiles, pero la idea de mi enfermedad desconocida irá á destruir el afecto, por grande que sea. ¡Oh sabiduría! que pones un tupido velo en uno de tus hijos predilectos, para que busquen y estudien la enfermedad donde existe la salud más perfecta. Antonio está mucho más á mi nivel. Sus estudios no son tan hondos y son sus sentimientos de delicadeza y flexibilidad grandes, me conoce mucho y con todas las ventajas de su cariño desprovisto de la escoria humana, y según dice á su madre es de hermano, pero como no por eso deja de ser grande, engrandece con él, mi bondad, mi caridad, mis deseos del bien ageno. Luego él tiene presente unos amores únicos que ha tenido que le afligieron, que le dieron gran tormento, le enfermaron y hasta le instigaron al crimen, que su índole y y sano criterio rechazó, y comparándome á su ilusión primera siempre saldrá ganando porque yo... como hubiera podido hacerle sufrir la más leve pena. Tía, Antonio es más igual á mí que el Doctor y también le quiero más D.^a Ramona y D.^a Antonia entraron de lleno en aquel enlace, y Antonio vino un día y sin intimidarse por lo ardúo y trascendental del asunto dijo jovialmente á Magdalena ¿Sabes que tratan nuestras madres de un matrimonio?

Sí, le contestó riendo y que el novio rechaza la novia, porque no quiere casarse con su hermana. El novio no se juzga digno de poseer tal tesoro amiga mía. Ya sabes Antonio, que fuí confidente de tus amores y no ignoro tus apasionamientos. Sí, haces bien recordármelo porque si no te tuviera amor espontáneo y grande, el de la gratitud llenaría mi alma pues sin tus amantes consejos ¿qué sería de mí? ¿de mi familia? ¿de mi madre? Tuve tal locura que entró en mí como tentación violenta al suicidio, y recordé mis seres más queridos y la incurable herida que la dejaría con ello, y venía la idea del homicidio, porque era pasión muy violenta. Engaños, coquetería, celos y horrores. A tí te debo la vida, y aun la honra.—Tú eres mi hermano, Antonio; no me debes nada.—¡Oh Magdalena! tú única y sola, mereces otro hombre de más valer que yo. No creas que se-

ría más feliz con un hombre extraordinario. La vida sencilla, que hago con nuestras costumbres es mi aspiración suprema, no necesito más.—Si no te enojaras amiga mía querida, te diría una cosa que me ocurría no hace mucho tiempo.—Nada me enoja que sea verdad, díla pues.—Cuando llegó el Doctor á tu aldea, creí que se enamoraría de tí locamente y que tú le corresponderías.—Entonces no me conoces; ¿no sabes que aborrezco esas pasiones?—Me retracto; creí que te amaría y que tú le amarías también.—¿Y qué efecto te hizo esa creencia?—Me causó alegría, que encontraras hombre digno de tí. Y entonces ¿por qué mi enojo? Porque á ninguna mujer la agradaría oír esto.—¡Oh; á mí sí; me parece que veo á la luz clarísima de tus hermosos y nobles sentimientos un amor sano, desapasionado, verdadero ¡Oh Antonio! ser feliz con la felicidad ajena, es la suprema dicha. Así te amo yo. Antonio mentía; cuando él creyó que el doctor podría conseguir á Magdalena lo sintió hondamente pero los móviles del sentimiento no eran altos sino mezquinos. El abrigaba como su madre la ilusión de aquel enlace y esperaban impasibles el tiempo. Los móviles eran la riqueza y hermosura de ella, *lo demás* decía murmurando ya lo *arreglaré* yo; y lo perfecto, ya lo arreglaría él. Así empezaron sus relaciones amorosas. Las veladas se hacían estando en charla familiar, las dos señoras mayores, y casi siempre en conversación general de la cual gustaba mucho la interesada, y entonces contaba el ingeniero algún acontecimiento ó proyectaban algún viaje á países conocidos y visitados por él, con lo que las distraía grandemente. A los pocos meses la dijo una noche á su amada: ¿cuándo terminarán estas relaciones? nos conocemos mucho como amigos, sólo con éste durarán dos inviernos. En la primavera del próximo las haremos tocar su fin, y al dar la primera campanada de las once se levantaba doña Antonia y salía con su hijo.

Acercándose el tiempo de Navidad dijo un día Magdalena: he tenido hace dos noches un recuerdo...—Será algún sueño porque tu eres muy soñadora, no me lo negarás amiga mía.—Yo lo que soy es

demasiado reflexiva, soñadora nunca. Esos que tú llamas sueños me han costado largas vigiliias porque he tenido que luchar con la humanidad que tiene por atributos la inconstancia, la ingratitude, el olvido de todo beneficio. Esó que tú llamas sueños cuesta más que hacer planos y estudiar matemáticas; tales materias las enseñan otros, éstas; las aprende uno mismo en el yunque de una voluntad formidable.—Perdona Magdalena no me he explicado bien, quise decir que eran muy altos tus vuelos.—Tampoco soy así. Soy demasiado sencilla; pero volviendo á mi recuerdo que tú seguramente tendrás olvidado, seguiré: Era por estos días de Navidad y tenía costumbre tu abuelo de mandaros muchas aves case-ras entre ellas un pollo pequeño que era nuestras delicias; yo le migaba pan con leche y esperaba la hora de ir á tu casa por verle, regalarle y jugar con él. Un día llegué y oí grandes gritos á una anciana criada llamando á tu madre: ¡Señora, Señora! ha visto V. que crueldad la del niño? castíguele V. Mire lo que ha hecho con este animalito. Jesús que horror, mátele V. al momento, dijo tu madre: le habías pelado vivo. Yo rompí á llorar y me enojé muchísimo, y prometí no volver á jugar contigo porque me causabas miedo.—Sí, sí, lo recuerdo: ni-ñerías y travesuras nada más.—Pues ahí tienes tú lo que son mis sueños, desde niña aborrrreía hacer daño.—Pero Magdalena, no tengas amor á los anima-les como á seres humanos porque hasta sería ridícu-lo.—No, Antonio, eso es cambiar las cosas; no los amo, pero no me divierte martirizarlos. Pues ahora me ratifico: D.^a Ramona ¿no hay un gatito pequeño que cuida ésta como á un niño? No hijo mío, se ha muerto su madre y hay que darle leche migada hasta que aprenda á comer y beber agua, lo cual encargamos á los criados y les pasa lo que á tí: creen que los animales no son dignos de atenciones y no le cuidan, y ella con su bondad para todos y por no tener altercados con ellos, le cuida por sí misma hasta que coma solo, por cierto que el pobre animalito cuando vuelve á casa sale á recibirla mayando como si quisiera saludarla que también los animalitos tienen el instinto de la gratitud, y se

coloca sentadito en el medio de su vestido. Se lo había observado varias veces y por eso creí que le tenía gran predilección.

Los contertulios marcharon á su casa y Magdalena quedó pensativa. ¿Qué tienes? la dijo su tía, ¿qué te preocupa? No sé, no sé, pero en estos meses que llevo tratando con Antonio, con más fijeza, me parece que bajo ese manto de cortesía se esconde sagacidad, algo oscuro que él oculta, algo..... como si estuviera yo bordando en oro y con el roce de la aguja descubriera un relleno de hilaza que deshiciera mi trabajo. Después ya ha oído V. que concepto tiene de mí como si fuera una visionaria. Eso no hija mía; ya ves cómo rectificó al momento. Sí; cuando vió el efecto que me hacía, cuando no le importe agradarme ó enojarme no rectificará, Además á ese incidente de niño y á esa mala acción no quise ponerle la posdata, por no herirle, pero he oído decir á persona muy competente y experimentada siendo joven, que los vicios de los niños los acompañan siendo hombres, porque ese cultivo superior á todo conocimiento humano, ni le enseñan los padres ni se aprende en las aulas. En éstas no se enseña con arraigo á formarse á sí mismo y sólo á la ligera en las reglas de educación se da elementalmente.

Nuestras relaciones tia mía son tan secretas que solo lo sabemos nosotros y no quiero comunicarlás á mis hermanos y amigos hasta no observar detenidamente al que desea ser mi esposo.—Me parece muy bien lo que dices. Tu eres muy atinada y observadora en todo y aunque esterriormente me cautivara este enlace no sirviendo para tu dicha me sería odioso. En el doctor, mi creencia de que me juzga enferma nerviosa es gratuita y puedo equivocarme y aun siendo verdad es menos grave porque se dedica á esas enfermedades y es como el minero que en cuanto ve terrenos con pedruscos presiente una mina y busca y rebusca para hallarlos pero este por muchas conversaciones con él presiente metales en tierras cultivadas. Y pasaron los meses y ya terminaba la primavera sin que ninguna nube oscureciera las confianzas de la relación amorosa; solo

allá en el fondo del alma Magdalena tenía un pequeño malestar como el enfermo con dolencia no diagnosticada pero con más tendencia á curarse que á pasar á enfermedad verdadera. Por fin llegó el verano y sino estinguiéndose se fueron borrando las huellas de sus resentimientos, dejando lugar á la pena que la producía la excesiva estancia que por complacer á su tío harían en la aldea. Allá iría Antonio á la mitad del verano á visitarles, pronto pasaría todo y volverían las ~~verdades~~ amorosas y el fin risueño de ellas en la alegre primavera.

Veladas

Una de las últimas noches que pasaban en Reclajo era fuertemente calurosa y dijo D.^a Ramona: vamos á la azotea que se disfruta del aroma de las flores del jardín á pasar la velada. Subieron y se sentaron alegremente. La conversación se hizo general. De pronto dijo la señora. Mirad mirad este animalito que instinto el suyo, se ha subido tras su protectora, y ya está sentadito en su trono que es el ruedo de su falda. Apenas había hablado D.^a Ramona, cuando el ingeniero tomando con dos dedos la piel del cuello del animalito le arrojó al patio que daba al jardín. Un grito unánime salió del grupo de señoras y al momento subió una criada gritando: señorita; el gato se ha caído al patio y se ha matado, Magdalena bajó tras ella y la dijo: recójalo V. que no quiero verle y que nadie entre en mi cuarto. Las dos señoras madre y amiga del asesino le recriminaron duramente, mientras él con gran tranquilidad respondía: no sean Vd. ridículas, á mi no me gustaba que amara tanto á su amita, y bajó á la casa pero la orden que habían recibido las criadas le fué transmitida y salió enojado. Cuando estuvieron solos, Magdalena dijo á su tía: ya comprenderá V. que la acción de Antonio es muy reprehensible y algo más creo: quien la comete con un animalito indefenso la cometería con un ser racional ó andaría muy próximo, y que prevalece el instinto del niño en el hombre es indudable. Sí, es salvaje; aunque proteste para ello que es cariño, no, no; es cruel y revela poca delicadeza de sentimientos ó la ausencia total de éstos, y mi unión con él es imposible: Hoy queda desecha mi boda, pero me es muy sensible decir-

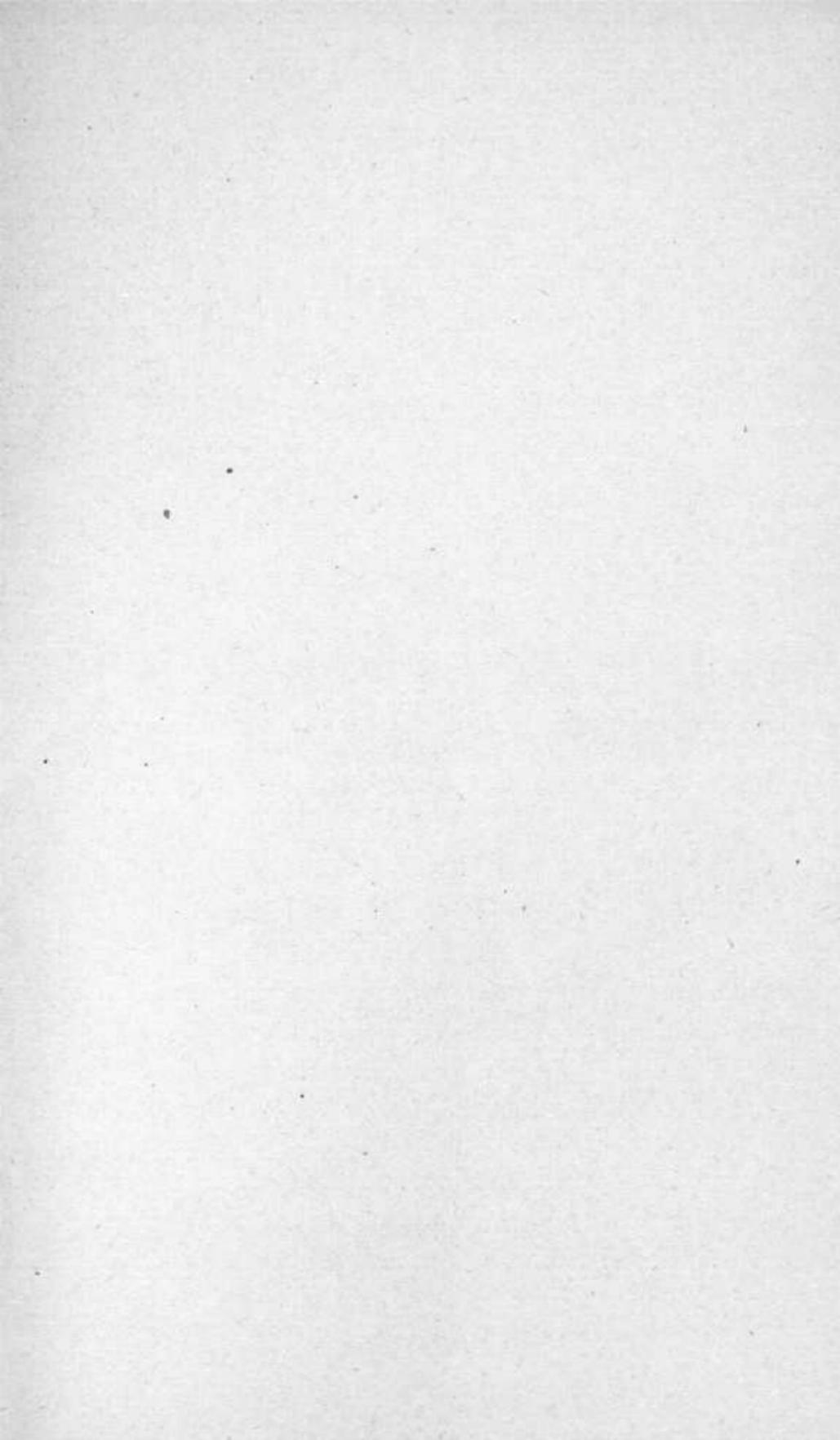
selo. Vá V. á anunciarle mi decisión. En el terreno de la amistad ocupará un lugar pues yo le perdono y olvido todo, pero otro en mi corazón me causaría miedo, y no puedo aceptarlo, V. se lo hará saber con su cortesía y buena educación acostumbrada pero afirmándole bien que en este asunto estoy resuelta á no oírle. Así lo haré para evitarle violencia.

Otro día el ingeniero muy temprano se presentó en casa de su novia á pedirla perdón aunque fuese de rodillas. Sin él no regresaba á la presencia de su madre. Entró en la casa y le recibió D.^a Ramona. Vengo á pedir perdón á Magdalena de una niñería que para ella es de tanta importancia. Magdalena te perdona y te reserva tu lugar de amigo de siempre pero me ha encargado decirte que suspende toda clase de relación resueltamente. Antonio tomó el sombrero y sin contestar palabra salió violentamente. Conocía mucho á su novia y sabía bien que no había que insistir porque aquella resolución la tendría ella muy pensada.

Dos años después de este suceso y cuando creía á Magdalena en la plenitud de su belleza sin par, fuí á consultar con el doctor y le pregunté por ella. Se conmovió mucho, ví bajar dos lágrimas silenciosas por sus mejillas y me contestó pausadamente ¿Magdalena? Era un valle frondoso de armoniosos sonidos, y perfumadas brisas que esparcía entre sus semejantes, y era floresta virgen acariciada por los céfiros y lago tranquilo y tarde deliciosa y bosquecillo de mariposas blancas con cantos de ruiseñores y su vida se deslizaba con la placidez candorosa del niño, cumplida su misión en la tierra voló al cielo dejando la huella luminosa de su paso terreno en imperecedero recuerdo en la aldea.

En mi Aldea de Santa Marina. Agosto de 1902.

María del Castillo.



La Nodrizza Nela



LA NODRIZA NELA

Entre los valles que acarician las brisas del mar Cantábrico, es el más agreste y alejado de líneas férricas el valle de Montucos. Le forman ocho pequeñas aldeas parroquiales y se tratan y conocen y hacen enlaces matrimoniales como si fuera un pueblo solo. En estas aldeas siempre hay algo que sobresale; el mozo de sorprendentes fuerzas, la muchacha de rara belleza, la que canta y enloquece con sus tonadas, al matón ó valiente que nadie se le atreva: En mil ochocientos noventa lo que más llamaba la atención eran «Los Rojos» aunque realmente los que tenían celebridad eran José y Nela, los dos más apuestos hijos de la Montaña. José tenía veinte años, era hermoso, alto, rubio, con la barba afeitada como acostumbran los mozos del país, de ojos azules casi verdosos, de talle esbelto, más delgado que grueso, aunque de musculatura hercúlea. Acostumbrado al trabajo de fuerza, levantaba pesos enormes y tiraba la *barra* donde nadie llegaba, jugaba á los bolos con gran destreza y cantaba algo en compañía de los mozos por las noches, pero solo nunca.

Era muy serio y hablaba poquísimo y eso alguna chanza de suma gracia y como eran tan raras, fueron siempre muy celebradas. Si le hubieran prestado dinero, nadie le exigiría recibo, tal era la fama de su formalidad. Nela era una vecina suya de diez y nueve años, que si fuese posible le aventajara en hermosura, también alta y cimbradora como los mimbres, pero llena y sana con sus mejillas rosadas y sus carnes blancas como el marmol más pulimentado; los aires del

campo la hermoseaban, pero no oscurecían su cutis; el cabello la hubiese dado notoriedad no siendo hermosa por su abundancia y longura nunca vista pues besaba el ruedo de su falda, pero no los llamaban «Los Rojos» á los dos solos, José tenía dos hermanas rojas como él, delgaditas y guapas, si bien de menos belleza que la suya, y chocaban en las romerías porque José iba con sus hermanas y con éstas Nela y los cuatro del mismo color el cabello con ojos azules menos Nela que los tenía negros y brillantes como el azabache, llamaba la atención el grupo; muchos los creían hermanos

José era casi un ricacho, en su aldea había pocos con pareja de bueyes y él tenía dos, la que guiaba su padre hombre joven aún y la suya que era de lujo tenían sus bueyes blancos como la nieve dos mantas listadas con sus iniciales; dos letras de 20 centímetros, bordadas por sus hermanas y unas colleras llenas de pequeñas campanillas que se oían muy lejos sus sonidos metálicos, él estaba muy orgulloso de su pareja y no la hubiese cambiado por ninguna de todos los pueblos convecinos; con ellas traían él y su padre todas las mercancías para abastecer las tiendas y tabernas desde la estación del ferrocarril á veinte kilómetros de distancia y les producía para tener sus cuadras llenas de vacas y con sus crías fueron comprando tierras y prados y haciéndose propietarios. Vivían en una *corralá* (que así la llaman los campesinos) con cuadras y gallineros, chozas para otros animales que criaban para el comestible de casa y pilares de leña traídos con las parejas del monte.

Nela vivía casi frente á José y desde niña ella y su madre entraban y salían en la casa como si fueran de la familia. Juana la madre de Nela *echaba mano* á todo en casa de su vecina para ayudar á Bastiana; lavaba la ropa, ordeñaba las vacas y aún cosía; que los dos hombres daban mucho que hacer y no podía acudir á poner las meriendas peinar las niñas y cuidar los animales que eran muchos. Juana en sus juveniles

años había sido seducida por un mozo de la aldea que después casó con otra y Nela era hija de aquella caída, pero Juana, amó á su hija y con el fruto de su trabajo y su humildad y arrepentimiento conquistó la compasión de todos y llegó ser querida y estimada por sus vecinos. La casa en que vivía era suya. La ocupó un matrimonio de muchos pergaminos largos años y como éstos no tuvieran por compañía el dinero y la casa según la propia expresión de Nela se venía abajo, se fueron á vivir á otro valle lejano donde poseían una mejor y Nela quedó heredera, si bien como premio á sus largos años de servicios no cobrados: verdad es que la finca si no estaba ruinoso tenía las puertas sin cristales otras poco unidas al balcón le faltaban varios tornos aquí y acullá por cuyos huecos había cruzado su dueña cuerdas que evitasen á la niña caer á la huerta que siendo harto pequeña no tenía dos *brizas* de pared sana toda estaba llena de *portillos* que Juana llenaba con piedras desiguales traídas de la calle y callejas.

Estas dos casas estaban al pie de la Sierra y algo apartadas de las otras y la Parroquia. José y Nela se amaban desde niños con pasión hondísima y no á sabiendas de muchos como sucede en las aldeas, sino en secreto para todos hasta para sus padres. Tendría Nela quince años, cuando empezó á notar una cosa que la daba mucha *rabia*: en cuanto José salía de viaje con su carro un par de días ó tres, á ella la daba una tristeza.... ¿por qué sería? otras veces al ver que anochecía, la daban unas ganas de llorar.... pero de repente sonaban las campanillas de las co'leras y.... que alegría Dios mio! y qué gana de cenar sus patatas mal sazonadas y su pan de maíz tostado. Además... (esto también la daba mucha *rabia*) la mandaba su madre por un cedazo para cerner la harina á casa de Bastiana y no podía subir la secalera: la daba unos golpes el corazón... Oía pisadas y se ponía como una amapola y... y era la hermana de José que la preguntaba: como

te pones tan *colorá*, ¿qué te pasa? *ná*, que me tropecé con la escalera, y como siempre estaban juntas y ella no salía de sustos, la pusieron las dos hermanas la *asustaiza*.

José lo oía y lo guardaba allá en lo hondo, porque á él hacía mucho tiempo que le pasaba lo mismo, antes (decía el), me gustaba ir de viaje por ver tierras, pero ahora lo mismo es ponerme á *uncir* que me entra más *tirria*... y vuelvo y en cuanto veo... mi casa que ya estoy como si fuera domingo y... á Nela la pasaba lo mismo. José quería á sus bueyes como así propio y no los castigaba nunca, pero algunas veces al salir de casa y cuando más andaban les metía la ahijada en la piel y corrían tanto, que tenía que ponerse delante á detenerlos y... claro está que así volvía á ver su casa y la de Nela, sino, ni una legión de enemigos le hubiera hecho volver la cabeza.

Cuando iban á las labores del campo con sus madres Nela bajaba los ojos y ya no se movía mas que hacia sus amigas ó madre y volvía á casa sin haber visto á José este como era mas alto que ella se extasiaba mirándola repetidas veces sin ser visto de nadie. De frente no la hubiera mirado nunca. Así las madres estaban tan alejadas de aquellos amoríos como del resto del mundo. La de José buscando novia á su hijo en lo mas empigorotado del valle y la de Nela en que cabeza cabía siendo la misma humildad que se la ocurriera á ella que José el de la corralá grande fuera novio de su hija. Así vivían en santa paz las jóvenes que siempre estaban con Nela, jamás vieron miradas, mueca ni palabra que indicase nada. Si iban al monte por leña y oía las palabras que José pronunciaba que eran graciosas; si saltaban *portillos*, Nela siempre se colocaba entre las dos hermanas y saltaban unas tras otra y José el último si bajaban; y si subían el primero él después cortaba la leña y ellas la colocaban en colños (haces), el más grande el suyo y aquellos troncos los llevaba Nela como si fueran finos alambres y

los colocaba con sus manos rollizas, después se sentaban y reían de cuanto les ocurriese, solo cuando se levantaban decía José: no tengais prisa de volver á casa que no estamos á jornal; el día es nuestro, aprovechémonos de él y después de sentarse otro rato, regresaban á casa tan contentos sin haber hablado una sola palabra los interesados. Cuando iban á las romerías ó al corro del baile, José bailaba con sus hermanas, después con Nela, luego con todas.

Nela era muy requerida para bailar, bailando con gran seriedad. Un día la sacó á bailar un mozo dos veces como señal de distinción, José bailaba á su lado algo intranquilo interiormente, la roja le dijo á su compañero de baile: ¿qué, no hay mozas hoy en el baile que me sacas dos veces? si las hay, pero me gusta bailar contigo, gracias, pero no enojas alguna que lo sentiría.

El galán no volvió á repetir el obsequio. José estuvo toda la tarde muy gracioso había grandes carcajadas en el corro cuando hablaba. Otro día fueron por leña y cuando se sentaron se puso el rojo á descortezar con su navaja un palo; qué haces, le preguntaron sus hermanas, ná un torno muy basto para, dársele á la madre de ésta para que le ponga en el balcón y quite las cuerdas que están muy feas, después le colocó en su haz de leña y al deshacerle se le tiró á Juana con aspereza diciéndola: tome ese torno que ya haré más cuando pueda para que los vaya poniendo. Así andando el tiempo llegó el de las quintas. Juana no tuvo más remedio que llamar al médico, no podía hacer comer á Nela no sabía lo que tenía que se la iban quitando los colores de su cara y unos dolores de cabeza y una desgana de comer que la hacían llorar; el médico la recetó unas píldoras para volverla el apetito, pero Juana veía que no dormía y ya no se atrevió á más remedios; ella veía algo se acordó de su caída y vigiló á su hija pero... vió que no tenía perseguidor. Un día, venia de la fuente la roja y José bajaba al

río ella se quedó como el marmol, José sin pararse la preguntó: qué tienes Neluca que estás tan descoloria? *ná*; y subió presurosa pero posando sus cántaros en el suelo ya alguna distancia se limpió con el delantal el rostro para enjugar sus lágrimas. El rojo las adivinó y se fué murmurando: ya te quitaré yo la tristeza Neluca deja que pasen las quintas y sus ojos se humedecieron apesar de su fortaleza de cántabro, y desde aquel día no pasaba uno sin buscar un momento para consolarla; por fin una noche á primera hora la vió salir en dirección á la fuente y la esperó en una revuelta diciéndola: no corras espera un poco; no, no, no vengas tras de mí que se enfadará tu madre; déjame ir mira, la voceó; esa tristeza tuya se yó lo que es: en cuanto pase la quinta te lo quitaré yo hablando con mi padre y .. mira escucha Neluca, yo no soy soldado nunca.

Nela ya estaba lejos, muerta de miedo á la madre de José, pero llena, inundada de una felicidad desconocida. Con que no iba José soldado? Madre de los Cielos una salve la rezaría ella todos los días á la Virgen del Rosario ¡Ay! que triste que triste quedaría sin José la *corralá* si la parecía á ella que cuando iba de *porte* dos días era un camposanto que sería meses y meses por allá y todos se echaban novia... él la quería mucho bien lo sabía pero *allá* serían más guapas con vestidos majos que parecen tambien llenos de adornos y cintas ella sentía mucho no tenerlos pero eran tan pobres ella y su madre... y gracias á que los tornos del balcón que eran muchos los que faltaban los fué haciendo José cuando iba por leña que á ella le daban vergüenza las cuerdas y los fuéron colocando las dos sin carpintero. A los pocos días estaba la roja más sana y colorada que nunca y viéndola de reojo su novio se sonreía murmurando ah que bien te supe curar y que guapa te puse con la noticia cuando hablé con mi padre... no volveré yo á ver lágrimas, prefiero un tiro! pues si me acuerdo que no

se me quita de la memoria lo que dijo á su pareja de baile cuando bailó dos veces con ella no hay más mozas que yo en el corro? no vayas á dar algún disgusto que lo sentiría. Es un plante fino! habla poco la rojuca pero á tiempo. No siento más que mi madre; en cuanto sepa que yo quiero á una que no tiene más que el aire que respira.. ay Dios mfo! se vuelve loca y yo ya lo tengo pensado; que me riñe? á callar y sufrir, ¿no es mi madre? no es todo por cariño? pues á silencio tocan que yo me podría casar con otra más rica claro que sí, pero yo no quiero ni me gusta más mujer en el mundo... que culpa tengo yo que Dios la haya hecho más guapa que el sol y más buena que el pan. Si yo no he hecho nada. Sentí este hormigueo de quererla y mirarla siendo un mozuelo nadie lo ha estorbado porque nadie lo sabía más que nosotros que nos queremos y queremos sin fin. Mi madre me quiere mucho ya se arreglará, la pobre todo cuanto ganamos mi padre y yo lo va guardando para que no lleven á su hijo soldado. Si me toca esa suerte estaré soltero hasta devolverlo todo y me casaré luego y seguiré con mi padre nuestra industria.

Dios nos amparará. Tengamos calma que ahora bien estamos los dos. Ella quisiera vestirse más maja la pobre, y no puede; yo eso no lo puedo remediar porque lo que gano es de mis padres y hermanas y... porque á mí me parece mejor así vestida que con majos. Esta por su parte hacía comentarios muy distintos, quería vestidos nuevos, ¡ya lo creo! muy bonitos y sobre todo pendientes como los de las hermanas del rojo pero... aunque pudieran ahorrar para ellos delante de Bastiana cómo se presentaba? era compararse á sus hijas y podría suceder que no las llamara á darles jornal si se ponía maja.. la tenía miedo desde... que tuvo quince años; no sabía porqué; si por su genio fuerte que solo Juana podía resistir; la verdad era que su madre la calmaba y se llevaban siempre como dos hermanas.

LAS QUINTAS

Como eran tan conocidas las Rojas y más el Rojo en todas las aldeas en la suya estaban muy intrigados si iría soldado si su madre que tenía mucho orgullo le dejaría ir. En ese día no se baila en la aldea porque hasta la hora del baile no se sabe la *suerte* á quien á tocado y como se compone de cuarenta ó cincuenta vecinos, todos toman parte en el duelo la madre y hermanas lloran la víctima aparentemente se muestra serena y sonriente su orgullo varonil se revela á manifestar debilidad de guerrero. En esta ocasión si había alguno que dudase se afirmó en que Nela no tenía nada de amoríos con José, porque estaba sumamente alegre dentro de su carácter reservado. La noticia que la dió su novio no se había borrado de su memoria. Por fin llegaron los chiquillos que son los primeros que anuncian los soldados diciendo que pedían en el valle cuatro y que José tenía el número 5, de modo que con los hijos de viuda ó de padres sexagenarios que siempre hay alguno él era soldado.

En su casa nadie se afligió. Su padre que hablaba poco como su hijo, llegó á decir sentenciosamente, no hay que apurarse, yo fui soldado y sargento y me eché novias por allá para casarme por acá; vi ciudades, me divertí, aprendí algo y aquí estoy en el Lugar como si no hubiera pasado nada. ¡El hombre es hombre! este modismo le usaba mucho en consultas y consejos, pero en realidad él estaba tranquilo porque había hecho una suscripción con otros cinco mozos á mil reales cada uno y al tocarle la suerte á José y tener la licencia en el bolsillo era lo mejor, y el rojo llevaba la mejor parte. Al momento se divulgó el secreto y cada cual cayó en la cuenta de la tranquilidad de la familia, y contra costumbre, aquel día como nadie estaba afligido hubo baile y José bailó con las rojas y con todas las demás mozas de la aldea que le felicitaban. Des-

pués se dió al trabajo sin descanso para réembolsar á su madre las economías gastadas con el y Bastiana vió su hijo libre de quintas y le creyó un señor verdadero.

En un año José no hizo más que entregar á su madre duros y duros, trayendo doble parte que su padre por ser sus bueyes más grandes y dos alhajas para el trabajo, pasados ocho meses y veinte desde las quintas, un día que cruzaban una carretera solitaria y en que iban padre é hijo juntos al lado de sus carros, se paró un poco el segundo y dijo: padre, quisiera hablar con usted unas palabras; no serán muchas, no, que tu y yo somos poco parleteros ¿así llaman en la aldea á los hab adores? le contestó aquel sonriendo. Yo desde que tenía doce años ando con V. y con el carro y he procurado trabajar cuanto he podido; así es, te has portado como un buen hijo sin que esto haya pasado de cumplir con tu deber. También he tenido buen cuidado de no dar disgustos, ni trasnochar, beber en las tabernas, ni jugar; es verdad, y así debes ser, lo demás no es ser hombre. José siguió, desde las quintas que vi á mi madre sacar todos sus ahorros para librarme no he tenido otra *cabilación* que volvérselos con mi trabajo y á mi cuenta que creo lo he conseguido y no he hecho nada de más, pero... Padre; yo tengo una afición desde que tenía quince años que ninguno sabe ni me he podido quitar mujer alguna de las que he visto, hombre eso está bién que un mozo ponga los ojos en una moza y esa afición la encuentro muy natural.

El asunto es saber donde se ha puesto pues.. yo le puse con toda mi alma en... Nela, el padre creyó que no habia oido bien, que su hijo habia equivocado el nombre de tanto tratar con ella, pero era hombre que sabia dominarse y ningún movimiento de sorpresa delató su estado de animo ni el color demudado ni la voz valbuciente cuando contestó á su hijo, guardó largo silencio lió un cigarro le encendió y á la primera bocanada de humo contestó; pero hombre! si esa mozuela no tiene provecho; lo dice usted por que

es pobre? yó se ganarlo. Lo digo por todo. Sabe esa mozuela cortar una camisa? te va ha arreglar unos pantalones? hará un guisado como los de tu madre que te chupas los dedos? sabe leer y escribir? no. Tiene siquiera padre conocido? no, no, nó, y... esa me das por nuera? pues no es de mi gusto. Que no lo puedes quitar de la cabeza? que te has comprometido con ella? pues el hombre es hombre á pasar trabajos, has cabilado el disgusto que vas á dar á tu madre? lo has pensado bien? pues... no hay mas que hablar, largo silencio sucedió á lo hablado por el padre, después el hijo contestó así: Yo no he hablado una palabra de amoríos con Nelapero... ella y yo sabemos que nos queremos mucho.

Cuando se acercaban las quintas yo la vi triste llorosa *descoloria* y me cabilé lo que era y me entró una pena muy grande que por mí pasara tantas aflicciones y un día que la encontré en el rivero sin pararme la dije: Nela que tienes que estás tan *descoloria*? y ella sin detenerse dijo; *na* la vi llorar; y la voceé ya te quitaré yo la pena en cuanto pasen las quintas hablando con mi padre y esto para mi es palabra de casamiento. Eres hijo mio para mi también lo es.

El hombre es hombre no tenemos más que hab'ar pero te he de dejar metido en el cuerpo un *sentir* mío. Tú quieres á Nela con un puro cariño pues no tiene *ná* de provecho para dar á un hombre... orgullo, pero el de ella á ti es muy diferente, solo con ser el mozo más majo del Valle... pone á una mujer loca, porque la tengan envidia todas las demás y la pareja de bueyes blancos? y la corralá del Rojo llena de terneras pollos y gallinas y otros animales comestibles para arreglo del año? y las vacas la tierra y el prado propio? Eso de ponerse una mujer triste... *no es ná* *descoloría*... tampoco. Yo he corrido tierras he visto mujeres y.. las mujeres tienen muchos *arrodeos*: no te digo más, y esto hay que *mascarlo*. El rojo arreó sus bueyes sin hacer falta y se alejó de su padre, y.. vió que la

coguedad de la pasión en su indomable carácter no le dejaba mascar.

LA MADRILEÑA

Una tarde de fiesta cuando el baile estaba en su apogeo apareció un carro con un baul muy grande claveteado de clavos dorados un cajón también clavado dos sillas de paja nuevas un lío de mantas y telas y varios utensilios de cocina: lo mismo fué aparecer que deshacerse el baile como á la desbandada. Venía la madrileña que había sido ama de cria en la casa más rica de Madrid después de la del Rey y la fué su marido á buscar á la estación del Ferrocarril y en la villa inmediata habfan comprado las mantas y cosas de casa pues el baúl y cajón venían atestados de ropas de la Corte y como era costumbre ir todas las vecinas á verlas y era domingo fué rodeado el carro al momento. Ella saltó al suelo repartiendo abrazos y saludos y después hechó una mirada al hijo que abandonó diciendo: ¡uf! como está este crío qué flacucho y qué feo se ha vuelto y qué sucio: *mi niño* que he dejado tenía dientes: todos: mi niño era precioso mi niño me le comían á besos y no dando al suyo ¡al verdadero! casi ninguno se encaminó muy orgullosa rodeada del gentío hacia su casa; estaba llena de mujeres y chiquillos y fué colocando en hileras los diversos trajes mantones, pañuelos, refajos, camisas, varios aderezos, zapatos de charol, chaquetas de terciopelo y el que traía puesto que era de los mejores porque sabía que entraba en domingo en la aldea era éste de escoesa tela la falda chaqueta de terciopelo encarnado pañuelos de cuello y cabeza de seda de colores y aderezo de plata, pendientes y collares y tenía otros dos de oro y coral.

Acada cosa que salía del mundo se alzaban murmullos de admiración creyendo que tenía el número mayor de la Lotería y ella gozaba sin fin, se corre por



el lugar que vas á comprar *pareja* la dijeron algunos concurrentes ya está *comprá* ayer en el mercado, se nos proporcionó, con esto la creyeron venida de Indias. Entre la concurrencia estaban las *rojas*. A volver á casa admiradas de lo que habían visto dijeron las hermanas de José: lo que más nos ha gustado es el vestido de alepin azul vamos á decir á madre que nos le compre y le sorteamos ¡Qué oscuro! dijo Nela mal gusto tenéis á mi los collares y los pendientes largos de oro me hechizan pero á nosotras nos daría vergüenza ponerlos no siendo señoras. Jesús no sois poco *acobardás* yo si tuviese dinero ya los tenía en casa á mi me sabría á perlas tenerlos. Por la noche cenando contaron las muchachas lo que habían visto y hablado en el camino y las dijo su padre moviendo la cabeza muy amiga es Nela siendo tan pobre de esas cosas guapas ¡ay! añadió la madre, no la conocéis á la *rojica* con esa monita sino fuera por mí que me tiene algún respeto ya habta gastado los jornales de su madre ganados con tanto trabajo en pendientes como los nuestros que poco se parece á mi; de joven cuando estrenaba una saya de percal me parecía un mundo, y me metía entre otras dos mozas casi avergonzada, y hasta que la ponía dos ó tres domingos no salía tranquila. El rojo, se salió poco á poco de la cocina callando.

En el Valle de Montucos llaman *madrileñas* á toda las que van á criar niños ajenos á la corte, y se ha extendido mucho esta innoble industria que una mujer venda el alimento de su hijo y el cariño. En estas mujeres las ha habido mas crueles que *madrastras*, cuando vuelven, acostumbradas al lujo y al regalo se horrorizan del pobre y destartalado hogar, las espanta la grosera pitanza que las aguarda, detrás de la negra y carcomida puerta, les parece el hijo abandonado feo sucio hijastro, le comparan con el hijo alquilado lujoso, limpio, oloroso y sienten repugnancia á su propia sangre, hasta el esposo gañan, sufre comparación con los abandonados señoritos, finos, elegantes, amables.

Su lecho, su cuarto su mesa, siempre delante y enfrente de la que han dejado las aterra, y solo las consuela que dentro de pocos meses volverá á su vida regalona porque una vez aprendido el infernal camino las hay que le cruzan cuatro y cinco veces con perjuicio de toda moralidad y afecciones íntimas, mermada ó desaparecidas con su tránsito. Cuantos hogares se ven como de gente nómada ó unámbula sin calor y sin amor por permitirse en la sociedad un atentado contra todo sentimiento de caridad, y... hasta de prójimos. El niño abandonado por su madre queda en poder de su padre que tiene que trabajar y llevarle á la vecina que le cuide con su leche tres ó cuatro veces al día y le limpie ó le deja por demasiadas faenas y el niño lleno de hambre de desnudez de frío ó de calor tirado en cualquiea parte, ó bien se encarga de él la que ha criado ya á su hijo y con el resto de la leche infinitamente menos de lo necesario, en una ocasión decía una de estas pobres mujeres á un niñito de Josefa de mala gana cansada del excesivo trabajo: cállate, arrapiezo que demasido te doy por 30 reales. Que te crie tu madre, que estará harta de comida y bebida echa una señorona y le arrojó en su cuna llorando; así se crían flácidos y raquíticos estos pobres seres con esas costumbres sociales y criminales.

La opulenta señora que no quiere lactar á su hijo, busque un rebaño de cabras que son excelentes nodrizas; la de mediana posición, tome una cabra sola y cuidele ella misma á su hijo y la pobre que no tiene mas medios que su propio cuerpo déjenla criar su niño con amor maternal y como Dios manda, y alegrar el hogar con sus cuidados domésticos.

De toda la gente joven que presenciò lo que salía del baul en ninguna quedó su recuerdo tan impreso como en Nela, que había aprendido (y para esto la mujer no necesita maestro) que era guapa que la otra que llegaba no se 'e parecía y sin embargo con todos aquellos adornos ¡qué guapa! y empezó á dilogar en

su lecho ¡ay! si yo fuera á los madriles qué bien parecería con los collares de coral y aquellos pendientes largos tan preciosos y los zapatos con hebillas y las medias encarnadas, ¡Dios del Cielo! y sus trenzas doradas que besaban el suelo qué necesidad tenían de aquellos lazos con caídas de á vara si á ella habria que atárselos media vara encima de su pelo y empezó á pasear por aquellas plazas tres veces más grandes que la del baile, mirándose el traje y la chaqueta con cascabeles y se quedó dormida sin acordarse para nada de José.

LA BODA

Seis meses después la venida de los lujosos madrileños observó el padre de José que éste hacía algún tiempo venía triste y cabiloso y en uno de sus viajes le dijo: ¿sigues con la afición de que me has hablado metida en la cabeza? más grande padre, porque cabilo, cabilo y me parece que ustedes no conocen á Neli-ca, si no, como les había de dar yo un disgusto? y me dijo que en cuanto la vean más cerca, en cuanto sea ella de casa los vuelve locos y ese es mi tema.

Estás equivocado, pero si no hay mas remedio. ¿Has hablado á tu madre? yo jamás; siempre pensé que usted se lo diría. Pues hay que ser valiente para decirselo, pero... el hombre es hombre se lo diré y la haré conformarse porque el amo de la casa soy yo, pero... le va costar algo. Pues padre, ya que va hacer la cosa, hágala bien dígaselo usted cuando esté yo de *porte*.

El padre del Rojo aunque era temido y respetado de Bastiana, se miró y remiró muchas veces antes de darla el golpe, empezó dando rodeos que José quería casarse con la más pobre y despreciada de todo el Valle, que se lo había dicho hacía un año que estaba aguardando que se le quitara de la cabeza que le había aconsejado, amonestado, reprendido y... por fin no había adelantado nada. Que conocía lo buen hijo que

había sido siempre obediente, trabajador, sin vicio ninguno y... que en rigor no tenía derecho á quitarle aquel gusto... que á él le había hecho sufrir mucho pero nos tenemos que hacer á ello; Bastiana es malo lo que voy á comunicarte pero.. no hay más remedio. El tu hijo y el mío José el rojo del Valle, el rojo de la corralá grande se quiere casar con *Nela*, la hija de Juana.

La ira, el enojo, la cólera, puso el rostro de Bastiana de todos los colores hasta dejarla del color del papel blanco, después gritó, lloró, se retorció los brazos y dijo á su marido: ya no hay remedio? No le hay todo lo tuyo de una hora lo he sufrido yo por dentro; un año hasta ver, hasta ver y nada. Dice que la quiere hace cinco años y que á ninguna mujer ha mirado jamás no siendo á ella, ¡ah! yo sentía hacia esa mozueta una antipatía... mejor quisiera verle casado con su madre. No hay más que hablar. Se le da la pareja de bueyes y su carro le amañas algunas ropas suyas y no quiero boda que sé te había de disgustar que se casen en Santander para que sepan en todos los lugares que no es á gusto de sus padres y no le hables una palabra porque se lo he prometido así yo que soy el amo de casa, y que no las vuelva yo á ver á ellas por aquí.

José volvió de su viaje pero no de su asombro viéndolo á su madre como si hubiese pasado larga enfermedad, sus hermanas llorosas y su padre serio. Se apenó mucho pero creyó que casado todo acabaría. Su padre le llamó y le habló así: A tu madre la he pegado un tiro, lo sabe todo, hablas hoy mismo con Juana y la dices: que el domingo te amonestas y el lunes te casas (yo pago las amonestaciones que faltan) y te acompaño á Santander con tu hermana para ser padrinos y venimos el mismo día y hora que estés casado, á tu madre no la doy yo más disgustos porque la mataría, cuando vuelvas tendrás en *la otra casa* la pareja de bueyes, el carro y tus ropas pero padre qué dirán en el lugar? no me replique usted, dijo iracundo y dándole por prime-

ra vez aquel tratamiento, dirán que los padres de José no quieren que se case con la hija de Juana jamás

El novio fué aquella misma noche á casa de Juana, y la comunicó todo lo mejor que pudo la causa de la boda tan repentina, y ésta, al recordar como estarian y los beneficios que les debía, lloró amargamente. Nela, al contrario, se apoderó de ella loca alegría, pensando en no volver á ver más á Bastiana; ni entrar en su casa, y José sintió algo de maléstar cuando la vió así y el regocijo de la roja, pero la pasión lo hechó á buena parte creyéndolo manifestaciones de inmenso cariño. La boda se efectuó tan al pie de la letra, que al salir de la Iglesia dijo el padre al novio después de pagados gastos de viaje y casamiento, ahí tienes ese dinero (un bolsón de duros), para que vuelvas á casa y empieces tu vida. José no se atrevió á despegar los labios ni su mujer tampoco. Los novios á los dos días volvieron á casa y antes de entrar en ella, se dirigió solo á la corralá: no vayas dijo la roja que te va á reñir tu madre; pero tú crees que te has casado con un hombre que no vuelve á ver á su madre porque le riña? si me echara agua hirviendo, allá iría todos los días con mis quemaduras, la puerta estaba abierta, subió y encontró á los cuatro sentados en la cocina dispuestos á cenar.

José no usaba mimos ni caricias; buenas noches, dijo, ola, José, contestaron las hermanas, y siguió largo silencio: no importa, dijo el novio, ustedes creerán que tienen motivos para estar enojados. Yo lo respeto y ningún día amanecerá mientras viva que no entre yo á ver á mi madre; y salió con los ojos húmedos, pero tranquilo. Bastiana tuvo intentos de correr tras él y estrecharle fuertemente con sus brazos, pero no estaba sola y se quedó inmóvil, mientras su marido murmuró ¡Ese es mi hijo, lástima que se haya tirado al río!

Juana esperó á José y se atrevió á preguntarle si iría ayudar á su madre, usted desde hoy no irá á ga-

nar jornal á ninguna parte la contestó; pero ayudar á mi madre como vecina y familia entra usted á todas horas Nela no irá por ahora porque mi madre siente mi separación y no quiere que se la recuerde pero dentro de poco irá también todos los días á lo que haga falta. Juana se enjugó las lágrimas diciendo: no sabes el peso que me quitas de encima porque no entrar yo en la *corralá* era matarme pero no me atrevía. Otro día el rojo firme en su propósito después de almorzar fué á su casa y en la cocina buscó á su madre; buenos días la dijo: ella sin contestar y trasteando sus muebles respondió: los bueyes y el carro le digo á tu padre que no los mandara pues aunque son tuyos *esa otra* cuadra es pequeña y no hay que echarles y me gusta verlos aquí. Pues aquí estarán hasta que se mueran. Después bajó al establo y dió de comer á todo el ganado más tarde volvió á llevarlo al río miró los dos carros á ver si les faltaba algo y dijo á su padre: cuando uncimos? mañana le contestó y otro día salieron á sus viajes como siempre.

Juana después de cuatro días de angustia entró en la *corralá* y la contó la conversación y las lágrimas con su hijo. Bastiana enternecida le dió la ropa para que fuera á lavarla; el cesto en la cabeza la pareció una pluma del contento que la produjo su vecina protectora y consuegra, dándole ocupación.

INTIMIDADES

Dos meses después de casada Nela y en ocasión que su marido *hacia el viaje* la dijo un día su madre ahora que nadie nos oye te diré Neluca que no te portas bien con tus suegros: ¡vaya! déjeme en paz, contestó desabrida y altanera yo no me he casado con ellos; no, pero se agasaja al marido se le agrada y sería feliz conque hubieras ido á su casa sin su mandato: entonces no tendré mas remedio, déjeme usted gozar ahora de mi

libertad; yo no quiero á ninguno de esa casa, los viejos me dan miedo, y las jóvenes no me gustan, y porque Nela? porque crees que te despreciaban para su hijo y hermano. Lo mismo hubieramos hecho: el se podía haber casado con la mas rica moza del Valle y se casó con la mas pobre porque no estar agradecida? el hizo su gusto, yo le gustaba se casó conmigo; no le cogí de la mano para que se viniera á nuestra casa. Después conmigo es tan bueno que no quiere que salga á ganar jornal y si mantenerme él á su cuenta siendo yo joven y pudiendo trabajar. Por orgullo no la dejaba el á usted no digas eso que si lo oyera te despreciaba ¿á mi? no sea tonta madre, yo soy la niña de sus ojos: si pero no hay que tirar de la cuerda tanto que se rompa, tu no le conoces pero tiene mucho genio y á ese no hay quien le domine porque enseña su sitio al mas pintado y ya que no le conocemos mas que por sus bondades bueno es corresponder: no machaque madre, que yo estoy bien asi. Ya lo creo sin trabajar una hora y viéndolo su madre que no descansa un momento ni sus hermanas ni yo ¡ay! con mi consejo no vivirias así: tengo miedo.

Ya va á arrendar tierras y prados y trabajaremos más de lo que podamos; ahora me quiero aprovechar. ¡Ay Nela! que pena me dan tus *modos*! A mi antes me guardaban la comida cuando venía del rio ahora ceno con ellos á la mesa se portan muy bien y no sé con qué pagarlo; y tú no me ayudas, y yo sufro con esto más que si fueran malos para mí. José ahora atontado con tu cariño lo deja pasar pero no puede menos de ver que no trabajas nada. Nela salió refunfuñando. La verdad que el rojo venía de su *porte* entregaba á su mujer intactas las ganancias y no echaba de ver que su mujer vivía en la holganza.

Su madre hablaba poco, su padre no la veía y sus hermanas le habían dicho ¡qué buena vida tiene Nela! y las había contestado ha trabajado mucho desde niña dejarla descansar y además la durará

poco, porque voy á tener labranza y lo tienen que trabajar ellas mientras yo salgo con el carro. Todos los días seguía la costumbre en cuanto almorzaba de ir á casa su madre y como estaba allí carro y labranza de su padre casi no salía de la corralá cuidando el ganado, picando leña, arreglando los dos carros á los cuatro días de ir por la mañana le dijo su hermana: José, ahí dejó madre dos magras para ti, otro día, José ahí dejó madre dos tajadas de lomo cómelas ahí dejó del guisado de la cena cómelo hasta que un día le dijo madre no almuerces en *la otra casa* que ahora no tenéis el arreglo del año todavía y se quedó ya todos los días almorzar con gran contento de Nela que ya no tenía que hacer el almuerzo. Pasados tres meses de su boda y cuando ya su madre con su comportamiento de hijo cariñoso se fué conformando con el casamiento un día que arreglaba el carro, sin más prevenirla llamó desde la *corralá* Nela ven ayudarme á levantar esta rueda Nela acudió presurosa aunque vista por dentro iba contrariada y molesta: no tenía miedo á su marido como á los suegros pero... cierto fuerte respeto sí el peso de la rueda era grande y el Rojo llamó á una hermana y entre los tres la colocaron, desde aquel día á la Roja todos la necesitó para algo su marido.

Si bajaba su madre con un cesto de peso ya voceaba Nela coje ese cesto y llévale á su sitio, si bajaba á ordeñar vacas, Nela ordeña y sube la leche á mi madre ella acudía y Bastiana la daba una jarra grande llena para cenar sin hablar muchas palabras. La nueva hubiera dejado de tomar leche toda su vida á trueque de recibirla de su suegra. Por lo demás José la amaba locamente á su manera. Desde que se casaron, todos los domingos iban al corro y *echaban* un baile hasta que Nela empezó á estar algo mala y ella se sentaba con las casadas jóvenes y él al juego de bolos á *virilar un amboque* es decir á ganar un juego. Al año nació *una roja* por los cuatro costados preciosa; la

criaba su madre como una manteca, en cuanto tuvo un mes, todos los días la llevaba José en sus brazos cuando iba almorzar para que la tuviera su madre un rato, luego cuando lloraba la llevaba una hermana suya ó llamaba á la roja que viniera por ella.

Un día de fiesta que estaban sentados en su remendado balcón Juana, sus hijos y nieta tomando el sol, se presentó la madrileña de los cascabeles de plata, con un vestido relumbrón y les dijo: vengo á traer os una noticia muy gorda y creo que para mucha suerte.

Estan buscando ama de cria hasta entre señoras para una prima de la Reina que va á tener el primer niño, y yo me he acordado que como es tan guapa y buena moza Manuela, que tengo yo empeños con mi señora para colocarla, pero tú crees que estoy yo loco para mandar la mujer á criar crios ajenos? ¿y la ¿nuestra niña? hay, con lo que ésta ganara puede tener dos amas en lugar de la leche de su madre, mira José ya se que no tienes necesidad y si pasa una casa aunque fuera como la mía no te lo hubiera propuesto yo, pero esta señora es de las que van de visita al palacio y hará su suerte toda tu casa. Nela daba de mamar á su hija en aquel momento y José la preguntó ¿tú que dices? yo que he de decir (estaba loca de felicidad con salir de casa) que para comer y vivir pobremente tenemos, pero la verdad, me gustaría arreglar la casa que se está cayendo, comprar ropa de camas y si pudiéramos comprar tierra ó prado me alegraría; el marido quedó asombrado de que él no figurara ni su hija en la marcha para nada. Sin saber por qué se acordó de sus padres, y se fué allá sin dar contestación definitiva le contó lo ocurrido y... sin saber por qué, los dos le dijeron mandarla allá, un año después... dijo su padre que vea tierras y traiga collares la atas á la pata de la cama de una vez para siempre y la dejó marchar ó más bién la llevó á la Corte para saber donde la dejaba, y regresó mohino y cabizbajo, á seguir su vida de viajes con la niña en casa viniendo unas vecinas tres ó cuatro veces

al día á nutrir la de leche, y por las noches una vaca era su nodriza. José llegaba de viaje, preguntaba á su suegra el gasto hecho, la entregaba el importe y guardaba el resto y se encontró á la vuelta de su mujer con que le sobraba dinero para ropas y para arreglar la casa, y lo guardó cuidadosamente.

Juana cuando se fué su yerno á dar cuenta á sus padres se puso á llorar amargamente. Su hija la recriminaba con dureza diciéndola que al quitarla á ella de ir á Madrid era quitarla su felicidad. Ay Nela Nela á quien has salido? á donde vas? para ti se acabó el mundo; no has sabido estimar á quien te sacó de la pobreza ¡ah! si no eres conmigo cariñosa como lo has de ser con él. Decirle á un hombre que la trae duros y duros de sus portes que para una pobreza tienen, que te falta? leche á cántaros y dinero: que te falta? vicio es lo que tienes tu. Cuando el te deja marchar ¡pobre de ti!

En Madrid me vea yo. Lo demas no me importa nada. Pues á la que no la importa la hija el marido y la madre Dios la maldecirá.

NUBARRONES

Bastianuca iba á cumplir dos años y desde que la había dejado su nodriza se iba quedando lánguida y delgadita como una alambre su abuela buscaba todos los medios de engordarla con huevos frescos pollos y leche de una sola vaca. Nela hacia un mes que había escrito que estaba terminando su ocupación y quería presentarla su hija sana y rolliza primero creyeron que la leche ya añeja de su ama no la robustecía y se la quitaron, después no medró tampoco, y Juana instaba al yerno para que hiciera venir al momento á su mujer el la contestaba: por su gusto se fué y quisiera que ya que no está criando niño se apresurara á ver á su hija cuando llegó el cartero trayendo carta de la ausente al rojo le latía el corazón porque amaba

á la roja apesar de su marcha y deseaba nuevamente su vuelta, la leyó quedó blanco como el marmol la estrujó en sus manos y la pisó con rabia.

Juana identificada con él preguntó: ¿qué dice esa mujer? que su niño la quiere tanto que apesar de haberle quitado el pecho, no quiere á nadie más y que los señores la dan igual salario si quiere estar medio año más que ella desearía complacerlos, ¡mándala venir, José, dijo Juana, hoy es jueves el lunes la tendrá usted aquí y salió á su casa la escribió... pocas palabras. Si quieres ver á tu hija viva, sales de ahí á la hora y momento que recibas ésta, te espero con el carro que vá por carga á Villaseda, en la estación el domingo. José.

El sábado, firme en su propósito salió temprano de su casa para dormir en la villa y esperar el tren de Madrid á las siete de la mañana y volvió á sentir honda felicidad que robustecían largos monólogos. Sí, él la quería mucho! pero no tenía más remedio que desbaratar algo sus planes, vendría regocijándose con la entrada en Montucos vestida de ama de cría pero como á él nada le sonrojaba como ser marido de una nodriza esto no lo podía consentir ya sería noche bien cerrada cuando entraran en su casa; aquellos collares y pendientes que traería puestos le daban tanta vergüenza que no le parecería Nela, pero no quiso quitarle el gusto de componerle la casa de su madre y él creía que tan pronto como deseara la roja no podría ganar para esto ¡ah! por eso la dejó marchar sinó que había de ver Madrid y sus requitorios; por un punto de honra, dé ver la *casa de su madre compuesta*.

Después dió cuenta de su determinación á su padre y quedó aceptada y firme con sus propósitos llegó á Vallada el sábado y el domingo por la mañana estaba en la estación á las ocho que era la llegada del tren en el momento que este apareció, se puso pálido y emocionado apesar de estar altamente ofendido por la carta en que le pedía Nela seis meses de aumento en su ausencia ó lo que era lo mismo sin deseo de volver

pero su sorpresa no tuvo límites al ver en la ventanilla el busto de la roja forrado en terciopelo encarnado llena la chaquetilla de plata con cascabeles y galones y pendientes y collares del mismo metal todo reluciente lujoso y vergonzoso para él, la cara risueña saludando con la mano ó dando gritos y gesticulando y saltando muy desenvuelta al andén, y preguntando por todos muy en conjunto entregó á su marido el bolsón que traía; él no quería ni verle cuanto más tocarle. Para mantener tres mujeres y vivir como en su clase, servían sus bueyes que no les había más valientes.

La pobre creería que así con los trapos de colores azules y verdes le iba á parecer al rojo más guapa; no, á el con la saya de percal de los domingos y el pañuelo de seda le parecía una reina lo otro... nó, nó, nó. Ya se arreglaría él; se lo daría á conocer sin mandarlo y... todo concluido, además la costumbre es venderlo á las mozas que lo deshacen y lo ponen *al estilo de acá* y así hará ella. Ay Neluca, que *ganas* tengo de volver á nuestra viduca anterior y sonó el silbato del tren y se puso de mil colores como un niño tembloroso, y lo primero que vieron sus ojos fué á su mujer en la ventanilla risueña como unas pascuas, nada inquieta, nada ruborosa muy abispada muy despreocupada y muy alborotada, dándole cestas y maletas y cajones: y como no se usan en Montucos abrazos ni manifestaciones exteriores, saltó y le saludó preguntando *por los de su casa*, su madre y la niña, y salieron cargados del andén. Lo primero que vió Nela del carro es que no tenía tablas para poner su lujoso baul claveteado y tantos bultos que representaban un mundo para los aldeanos ¿cómo has traído así, dijo mohina, el carro? ¿dónde pongo yo todas mis cosas? á José le vino una oleada de fuego á la cabeza, pero contestó con calma, ya lo arreglaré yo todo muy bien para que no se estropee, esto en las bolsas, después coloco tres tablas y pongo la carga del viaje: ¿y entro yo esta

tarde en el pueb'lo con las manos cruzadas á las tres de la tarde? no, porque á es ahora saldremos de aquí y cuando lleguemos ya será de noche; y para eso vengo yo con un traje de 16 duros?, para entrar de noche como si lo hubiera robado? El *hombre es hombre*, dice mi padre, tengamos calma y se reía como un niño: ¿y qué vamos hacer aquí desde las ocho de la mañana?

Ahora en llegando á la posada almorzar, después oír misa que es domingo; chico no me acordaba (*chico* lo había aprendido en Madrid) porque mi *niño* me ha hecho perder muchas en cuanto le dejaba, á llorar y... yo dejar á mi niño? claro dijo el Rojo la misa no es una necesidad pero hoy y ya siempre la oirás. Después, no tienes que comprar algo? todo lo tengo comprado, pero alguna cosilla? no, nada; después, . llevaré algo de porte ya que he venido que no nos vendrá mal. Ahora lo que nos sobra es dinero dijo muy resuelta. José sintió que le faltaban las fuerzas pero... aun se contuvo y la dijo ese dinero es para arreglar la casa de tu madre que se está cayendo y para eso te dejé ir á Madrid sin eso jamás; y después que haga yo todas estas cosas de mi cargo y saldremos de aquí á las 3 y... á las 8 en casa. Nela quedó petrificada, pero que había de contestar? ella que el principal objeto de su viaje era la entrada triunfal de las madrileñas á su vuelta, ¿que hado maligno le había fraguado el tonto de su marido que le daba vergüenza y no se atrevía á entrar con ella ¡ay! otro día, donde iba vestida de ama siendo día de labor? tenía que ponerse vestido de trabajo y se quedó aniquilada. José leyó sus cabilaciones y se le metieron como agudas espinas dentro del alma, pero su voluntad de hierro se conservó incommovible lo arregló todo como lo había prometido. Su mujer comió poco no sin que le dijera chanceramente, mujer, come que no porque estés llena de alegría por vernos has de perder el apetito lo mismo me sucede á mi, y como: hay que poner algo en el carro? tenía curiosidad de ver lo que habla

comprado algunas cosillas aquí están, mientras las colocaba vió la Roja la camisa recién planchada y limpio el chaleco nuevo el pantalón de los domingos sin una mancha y las alpargatas salidas de la tienda y su gallarda persona y murmuró como se ponen los hombres con el trabajo; qué diferencia de los señoritos.

A las ocho llegaron á casa, Juana con la niña en los brazos les esperaba alumbrándolos con un candil llegó la niña vestida de domingo miraba á la recién llegada con ojos de asombro su madre se fijó en ella y dijo á la abuela ¡ay! que fea se ha vuelto la niña y que delgaducha; pero mujer dijo la abuela indignada, si toda la tarde anda de mano en mano porque es la niña más maja del lugar ¿estás loca? bien se conoce que no han visto niñas: mi niño era un rollo de manteca, qué carnes que blancura ¿más blanca que esta? que sabe usted madre si usted no ha visto nada. José tenía la agujada en la mano para arrear los bueyes y sintió que se le escapaba derecha á partir la cabeza al ama pero y el propósito firme que había hecho de consultar *aquello* con su padre; sacó todo llevó los bueyes á la corralá y Juana acostumbrada á tratarle íntimamente comprendió con una mirada que su yerno venía contrariado. Mientras soltaba los bueyes le preguntó su padre: quieres que vayamos á saludar á *tu* mujer? no señor; no merece tanto y cuando así fuera vendría ella. Se fué á cenar y oyó desde la escalera ¿pero cómo tiene el vestido tan arrugado *esta* niña?, no sé, pues está planchado por su tía lo cual no habrás aprendido tu por allá; y que no te oiga José porque siendo el mejor yerno del mundo le vas á hacer tu el peor marido: al ruido de los pasos detuvo la conversación. Subió el *rojo* al parecer chancero y dijo á su mujer coge tu la niña que su abuela harto la ha tenido; la niña lloraba; sacala lo que la traigas ¡para que *se haga* á ti: no traigo nada: pero no traes nada á tu niña viniendo de Madrid? la traigo vestidos de *mi niño* casi nuevos; el rojo reía fuertemente contra costumbre diciéndola: mujer no

me hablé más de *tu* niño porque voy á creer que es verdad y sin pensarlo te mato de un puñetazo, y rió con fuertes carcajadas después sacó de los bolsillos envueltas en papeles rosquillas, caramelos y una muñeca grandecita y se lo dió á Nela; dala eso á la niña yo siempre la traigo del viaje de la villa *enreducos*, botijos, panderetas, vasucos para beber ella lo que es regular traigan los padres pues á mi *chico* lo que más me se ha olvidado: Jesús dijo Juana no has aprendido poco *chico* tu estás loca? no, no; loca se vuelve la lista dijo el yerno y Nela es más tonta que un rodal ja, ja, ja, hoy estoy muy chancero porque has venido no lo tomes á mal lo que te diga y vamos á comer un guisado de carne que no le habrás comido en año y medio mejor; como las manos que le han hecho dijo Juana temblando que dijera su hija algún disparate. ¡Ay madre! que guisado le ha hecho usted? ésta la pisó fuertemente; come, come, dijo José, tengo poca gana; esto se come sin ella le ha hecho mi madre, come algunos bocados.

El rojo sacó unas rosquillas para postre y un queso pequeño y se acostaron. Otro día mientras José fué á la corralá á sus quehaceres se vistió Nela el traje de viaje para salir á saludar algunas vecinas y á los de la otra casa pero Juana la salió al paso. No vayas con ese vestido á ninguna parte y menos á ver á tus suegros que tienen mucho orgullo y no les gusta verte de ama de cría ¿entonces para que son los vestidos que traigo que pasan de la docena? mira ya sabes que aquí la costumbre es venderlos á las mozas que los deshacen y los ponen á estilo de la tierra y alguno has de regalar á tus cuñadas que han cuidado la ropa de la niña: yo no pienso venderlos porque en las romerías y los domingos los quiero poner: pues ya que eres tan terca y vas hacer tu desgracia te contaré lo que me pasó con tu marido, que no le hay mejor en el mundo. Como yo le veía trabajar y trabajar sin descanso y traer al ama vestidos y pañuelos y pagarles todo los meses buenos duros me dió lástima; y le dije, José, escribe que mande

dinero Nela me contestó nunca me lo vuelva usted á repetir: yo para criar á mi hija á usted á ella y la casa no necesito que nadie trabaje: pero como quería de repente componer la casa que cuesta 4000 reales y no podía complacerla la dejó marchar por un año para que ponga la casa de usted á su gusto sino jamas hubiera sido... lo que es porque me sonrojo en pensar que delante de mis ojos se presente *vestida* de... carnaval ahí la he traído vestidos para que los tenga hechos cuando venga y un manton y un pañuelo de seda y zapatos todos bien guardado. En cuanto ella lo vea y sepa que no me gusta lo otro no lo pone: la pobre me tiene respeto, eso sí; usted no la diga nada, que ella lo conocerá al momento. Toma la niña que voy á sacar del arca el vestido: la niña empezó á llorar y la pegó un fuerte cachete y siguió gritando buela, buela, que haces á tu hija? Dios mío su marido la va á matar ponte ese vestido ¡uf! yo no me pongo eso acostumbrada á mis trajes yo... soy así madre.

Juana creyó que el mundo se acababa que la diría aquel tan buen hijo para ella cuando viera á su hija de aquel modo; entró en la corralá y José al verla de día festivo y con el traje para el patibulario la preguntó: donde vas Nela? aquí á ver la gente; vuelvete no hay nadie en casa: pues entonces me voy al pueblo un rato á saludar algunas vecinas; nadie la contestó y salió triunfante. José volvió á comer y vió los ojos de Juana enrojados de llorar adivinó el motivo y no la dijo nada, al poco tiempo volvió la madrileña ya no voy á tu casa con este traje? no; no le gustan á mis padres las amas de cría, después de comer iremos con la ropa de *cada día*: entonces para que quiero yo estos? y para que quiero yo? dijo José riendo los arreos de los bueyes cuando son viejos, para tirarlos pues los arreos tuyos aquí ya no sirven para nada; y hoy día de trabajo parecen peor, ahora vamos á comer que yo tengo que salir de porte mañana y tengo que hacer mil arreglos.

Tenía toda la casa invadida con las ropas en expo-

sición, José no dijo una palabra ya las había dicho todas. Después de comer fueron los dos á la *corralá* la recibieron medianamente porque el padre de José la odiaba como iba con su hijo siempre le había visto sufrir vigiliias inapetencias y tristezas constantes. Mucho tenía que variar aquella mujer para volverle su antigua y pasada felicidad. Pasado el saludo el Rojo la empleó en ayudarle en muchas cosas menudas y ya fueron de noche á casa á cenar, cuando entraron ya había recogido y guardado todo Juana pensando en lo que ofendía la vista de su yerno, su hija la reprendió ¿como me habrá usted arrugado los vestidos? porque lo ha recogido? No riñas á tu madre Nela nunca: delante de mí jamás. Ha hecho bien lo que ha hecho es una tienda nuestra casa para exponer así esos .. pin-gajos?

Se sentaron á cenar, la niña estaba dormida José fué á besarla en su cuna al acostarse, ¡ah! dijo de pronto Bastianica lloraba hoy mucho que ha tenido? nada que la pegué yo un cachete; me dan ganas de reir: la niña de dos y medio años no entiende de golpes ni para que son; pero la mujer que pega á una niña merece que la pegue un hombre. Otro día salió de porte y llamó al marcharse á su suegra traiga usted la niña á mi madre cuando venga á lavar porque como no está acostubrado á su madre llorará mucho. Ya lo haré como tu mandas descuida, contestó la cuidada; tu Nela vete ayudar á lavar la ropa á tu madre. Una hora más tarde se vistió Nela uno de sus mejores trajes y al verla su madre consternada la dijo no salgas, no salgas que si lo sabe José eres muerta ya te he dicho que le repugna eso de ama de cria; ya te ha dicho que vayas á lavar, á él no le gustan esas advertencias no sepa que no le has obedecido y que no te hago obedecerle yo. ¡Vaya! luego vuelvo; iré al rio y la ayudaré; pero quiero que vean algo de lo que traigo. Aquí va suceder alguna desgracia tu marido se rie mucho y tiene mucha paciencia y se le va acabar.

NUEVAS INTIMIDADES

El rojo desde la venida de su mujer ya tres meses, no había dicho á su padre mucho, pero en este último viaje se decidió á darle cuenta de todo lo sucedido, hondamente impresionado, *el hombre es hombre*. aún creyó prudente esperar un poco: lo menos tolerable era el poco cariño á la niña en quien el abuelo tenía puestos los ojos y el modo continuo de castigarla cuando podía, en esto no había atenuación. Un ser inocente es sagrado, un golpe dado por la mala madre, merecía un palo de un marido. También era insolente la mujer que sabiendo lo indignado que se ponía su marido con los trapos madrileños, pasárselos á todas horas por los ojos. Lo que mejor le pareció á su padre fué que un día, poco después de su venida dijo á su marido, de todos los arreglos de la casa, el primero que quiero componer es el balcón y quitarle esos *tarugos* que tú hiciste con la navaja.

José quedó petrificado, con qué delicadeza quitó él las cuerdas que amarraban un torno con otro, para que su novia tuviera el balcón más decente, con que amor grandísimo había labrado él los tornos que faltaban; como iba á creer que la ingrata mendiga olvidara sus finezas y cariño y le echara en cara sus dibujos toscos pero en esta ocasión fué un héroe. Tienes razón la dijo riendo, esto que nos causa vergüenza se quita así, y de cuatro hachazos arrancó y arrojó á la calle los doce ó catorce tornos que había hecho. Juana moría de pena, su yerno mandó á un pobre que pedía limosna que los llevara á su casa para la lumbre. Eso... le dijo su padre, merecía un hachazo solo en su cabeza pero nunca se le des. Y estudiaremos el asunto. Y á tu madre nada. Mi madre cree que castiga á la niña y cuida de esta con Juana pues eso es lo principal; los trapos con una cerilla nos quitan todos los dolores de cabeza. Le dió cuenta de que no había tocado con sus

manos un céntimo del bolsón de la madrileña que Juana era la tesorera y que iban á restaurar la casa muy pronto. No te des prisa, la casa ya se arreglará ella quiere hacer cuadra para que no venga aquí. Entonces menos. La otra ya se hará. Primero es tu tranquilidad y empezar nueva vida. Ahora te aconsejo prudencia y las advertencias y amenazas en *chanza* como hasta aquí que aunque es más tonta que un rodal (la suprema tontera de Montucos) ya lo entiende, cuando llegaron cerca de su casa salió de la *corralá* la niña gritando guelo guelo, paye, paye, y abrazándose á sus rodillas loca de felicidad: los dos la traían golosinas, su padre caramelos, su abuelo un collar de rosquitas pequeñas que se le puso al momento. Era la alegría de ambos.

Cuando se sentaron á cenar dijo Juana; ha comido tanto hoy que la *di de cenar* y la acosté á Bastianuca porque la llama Bastianuca? se llama su abuela Bastiana llena de honra por todo el Valle y no quiero que tenga mas letras la nieta que la abuela ni mas honra tampoco. Pues yo 'cuando fuí á Madrid no tenían mas comedia en casa que oirme hablar; el señor decía á la señora haz hablar al ama que yo me río mucho y llamaban á otro señorito soltero y ya tenían la comedia, pero esos señoritos no hacían nada? preguntó el rojo, que habían de hacer si tenían, si tenían mil duros cada día, se levantaban á las once y luego á comer, después á pasear en coche y por la noche al teatro; pues sabes tu lo que hacía yo con esos señoritos holgazanes? cogerlos con otros tres más como ellos en los cinco dedos de la mano y de un manotazo echarlos á la pila del estiercol: por qué hombre? porque sirvieran para algo para hacer crecer las simientes. José fué cada día haciéndose más taciturno y sombrío tenía costumbre de ir á misa y al rosario por la tarde con su mujer; desde que había venido de Madrid ni un día pudo ir con ella, siempre aguardando al siguiente á ver si podía acompañarla, Nela vamos á misa, Nela

bajaba con sus chaquetas de terciopelo y sus alamares y él invariablemente en cuanto la veía la decía: vete delante que allá voy pero no iba nunca hasta que ella entraba en la iglesia. Cuando pondría el traje que la compró? Ya había esperado mucho: aún esperó al siguiente domingo. Nela vamos á misa y ponte el vestido nuevo que te compré al venir tú de *allá*; ¡uf! ¡que feo! es horroroso! no, mujer respondió le compró una señora muy lista y á mi que soy más listo que tú también me gusta mucho; tú no tienes gusto porque eres más *tonta* que un *rodal* y rió á carcajadas ¿y si no tuvieras más que esos cintajos de comedianta, qué hacías? ponerle si no tenía más.

Por la tarde la roja se iba á vestir maja para ir á ver bailar y la detuvo su marido, no, esta tarde no salimos mañana voy á traer un carro de paja y voy á arreglarle, y mientras tu vas á la fábrica por salvados para llevar yo (te vas despacio para no cansarte), y vuelvas anochecer á casa, tu madre que salga con la niña.

La roja mal de su agrado obedeció. José quedó solo en casa en lugar de salir cogió un saco grande de los que usaba para llenar de yerba; cuando esta salía abrió con su llave el baul de la madreleña, y metió cuanto contenía hasta la última hilacha en el saco, guardó en los bolsillos los aderezos, cerró con la llave otra vez, y colocó el saco en las bolsas ó fondo del carro; después puso dos sacos de yerba encima y se sentó en el balcón á esperar la hora de la cena.

Vinieron las mujeres y se sentaron á cenar; de pronto echó de menos su pañuelo José y su mujer dijo te sacaré uno del baul no ya tengo el mío para qué los guardas en ese? vamos á cenar pronto que quiero salir á traer el carro de paja y volver pasado mañana; cenaron y se acostaron y el rojo mandó que nadie se levantara y salió á su viaje Otro día se levantó Nela y se puso á buscar la llave del baul que no parecía y llamando á su madre la dijo: coja V. el asa

á ver si está debajo caída, pero al levantarlo se hallaron con que no pesaba dos Ki'os la llave estaba en el suelo, abrió precipitadamente y le halló vacío. Los gritos, el llanto más desconsolador se apoderó de su dueña, mientras Juana la consolaba diciendo: estos trapos te quitaban la felicidad, deja que los lleve fuera de casa que no irán perdidos. Nela no oía, ni veía, ni comió, ni durmió por la noche: toda su felicidad se la habían quitado. Otro día se fué tranquilizando y la empezó á dar miedo la aptitud de su marido, se levantó fué á esperarle por la noche con un vestido que tenía antes de ir á sus *Madriles* pero muy compungida. Sonaron las esquilas de las colleras y entró el rojo en su *corralá* tranquilo y sereno. Contó á sus padres cuanto había hecho diciéndoles: Yo me tenía miedo á mi mismo, yo no quería mandarla quitar de mi vista sus vestidos de comedianta, pero ella sabía que me molestaban y los ponía un día y otro. Yo sabía su desobediencia y temía darla un golpe de muerte y... que quiere V., pegar á una mujer, aunque sea mala... me repugna y opté por sacarlo fuera de casa, fui á la ciudad, entré en una prendería elegante y dije: todo eso sobra en mi casa y quiero deshacerme de ello, ustedes con conciencia me dan lo que crean que vale sin abusar: lo miraron bien y muchas veces y me ofrecieron 1500 reales y que podía llevarlo al Monte de Piedad que daban lo mismo por venta que por empeño, y me convencí que obraban bien, tomé el dinero y me dirigí con los collares allí; me dieron 2.000 reales como empeño por si quiero tomarlos y deshacerlos para un platero y aquí están las papeletas que quiero dejar á mi madre llevando el dinero de su empeño á Juana para que lo gaste en tierras, ganado ó vacas para su vejez. Yo ya no puedo volver á querer á mujer tan ingrata, pero no me atormentarán la vista sus ignominiosos atavíos. Muy bien te has portado José, le dijo su padre, lo mismo hubiera hecho yo.

La casa no la arregles más por ahora ya tiene balcón nuevo y blanqueada por fuera luego la arreglarán por dentro tú á trabajar y Bastianuca en cuanto venga el otro niño que va á venir y le crie su madre para que le quiera se vendrá á vivir con los abuelos tú la ves á todas horas ella no la quiere y la niña será feliz fuera de sus manos y tendrás tranquilidad en tus ausencias. Eso tendré y paz pero mis alegrías se acabaron y las tuyas las mías por haberla perdido según mis ilusiones y las tuyas porque no volviendo á Madrid se morirá de pena. Solo desea un hijo para ir allá creyendo que me va á seducir con algún *artimaño* suyo pobrecita cuanto me repugna mirarla. Padre *esto* no lo echo yo de aquí jamás. Ya veremos hombre, ya veremos decía el padre con más desconfianza.

Había traído del viaje á su mujer una caja llena de ropa, vestidos, refajos, calzados, camisas pero pasaban los meses y la ropa no la ponía casi nunca. Solo porque no tenía más remedio usaba la que tenía antes de ir á Madrid. José iba y venía con sus transportes preguntaba á su suegra el gasto de casa le pagaba y como tenían sobrado dinero del ama de cría guardaba lo demás. Así vivieron hasta que vino al mundo otra niña. La roja tenía aversión profunda á Bastianuca y cuando podía era blanco de sus iras; hasta Juana la resguardaba de ella pero sin acusarla ni á su marido ni á sus suegros que estaban recelosos prefería á la que criaba pero la hubiera dejado para volver á su Madrid aquel paraíso perdido que la estremecía de placer con su recuerdo. Un día se quedó en casa con las dos niñas. José golpeaba en sus carros no oyó nada pero Juana que salía con su cesta de ropa al río oyó un grito agudo y luego silencio.

Voló á su casa y se encontró con su nieta amoratada bajo la férrea mano de su madre que la tapaba la boca para que su padre no la oyese llorar Juana en el parosismo de su dolor la dijo: maldita sea la hora que pisaste ese Madrid del infierno: que hace la Reina que

no fusila á todas las que vais á criar hijos ajenos para matar á los vuestros? ¡ay niña de mi vida! si no vengo la mata; porque la tapaste la boca? para que no la oyerá su padre que se pone como una furia; no tiene nada ya va á llorar y así fué que libre la respiración estalló en atronados gritos de terror. José al oír las voces de Juana y lo que decía á su hija fué á su casa y soltó en la escalera una herramienta cortante que llevaba y sin hablar palabra se dirigió á su mujer que sentada en un banquillo pequeño frotaba la niña y soltando su mano como pesada maza sobre su cabeza la derribó al suelo después corrió á la escalera gritando baje usted la niña al momento que sino mato á esa mujer, Juana no se hizo esperar y salió en pos de el dejando derribada en el suelo á su hija pero serena. Bastianuca ya no volvió mas á su casa. Una hermana de José aprendía el oficio de modista la otra cosía siempre en casa y Juana ayudaba á su madre á los demás quehaceres domésticos y estaba allí á todas las horas viendo su nieta pero si la tomaba de la mano para llevarla al río no podía conseguirlo gritando con maye no, con maye no; creyendo que la llevaba á casa. El rojo aunque aceptaba en todo la conducta trazada por su padre y contento este de que no hubiese golpeado ni maltratado á su mujer huyendo por la escalera y que al salir hubiera tirado el arma que le moviera á ira; se fué haciendo cada día mas taciturno y sombrío. El ya no quería á Nela; peor que no quererla le repugnaba así hubiese querido que los portes duraran meses. ¿A que volvía él á casa? Juana también cansada de aconsejar inutilmente á su hija guardó silencio. La roja comprendió que Madrid había concluído para ella, y empezó á secarse, como planta sin riego quedándose en la cama largas horas tosiendo,

Su madre llamó al médico y éste la prohibió criar su hija y viéndose sin jugos alimenticios se quedo definitivamente en aquella, muriendo á los dos meses de consunción y ciega en su nostalgia madrileña ni en su

enfermedad ni en su muerte se vió al Rojo conmoverse. Hacia mucho que había muerto para él. Nela destruyó un hogar amoroso y tranquilo como lo han deshecho otras muchas antecesoras siendo madrastras muy crueles de sus propios hijos y esposas muy imperfectas.

En mi aldea de Santa María, Septiembre de 1908.

Maria del Castillo.



Las dos Bohemias



LAS DOS BOHEMIAS



Doña Justa estaba aquel día muy melancólica más que melancólica triste. Los dos grados bajo cero que marcaba el termómetro eran impotentes en la vivienda de las dos ancianitas madre é hija de ochenta y cuatro y sesenta años y todo con un saco de carbón de diez arrobas enviado por ella que en el reducido albergue servía para dos mesas de combustible. Tampoco al abuelo octogenario que su nieta mantenía colocada por su influencia en un taller; le causaría pena el frío; también tenía calefacción y un gabanote largo acolchado, y con bolsillos de franela para guardar las manos, ni los cuatro niñitos de la viuda llorarían helados porque no faltaba en todo el día el brasero de carbón de piña, pero la población era muy grande y aunque otros muchos más se cobijaran á su nombre, había otros muchos más que carecerían de abrigo y su corazón compasivo se affigia con ellos. En estos días doña Justa estaba muy apenada sentada en su amplia camilla que llenaban los contertulios de su marido y las amigas que venían de noche con sus labores de medias y refajos para pobres, miraba al cielo como en demanda de consolación amorosa. De pronto vino á sacarla de su piadosa meditación el ruido vivísimo de un tambor tocado con atronadora monotonía. Estaña carabana rodeaba al ejecutante que llenó de

pabor el contristado ánimo de la señora; la componían un hombre de feroz aspecto ni viejo ni joven en traje de cloon una mujer negrta vestida con estrabagancia dos niños de doce y catorce años (uno el tamborilero) y dos niñas de nueve y diez años que parecían gemelas: y eran las que volteaban en los trapecios y hacían equilibrios mortales en ellos y la mina de la compañía de titiriteros; la mujer que se llamaba madre de aquellas desgraciadas bailaba en la maroma y los niños varones, unas veces en grupos con ellas y otras solos hacían lo que ellos llamaban la función; recorriendo aldeas y ciudades mal vestidos y peor calzados lácidos y macilentos y con esas caras sin risas ni júbilos, que son patrimonio de estos hijos espúreos de la sociedad. Los ateridos miembros de las niñas temblaban con doble terror el que las producía la horrible temperatura, y la aún más horrible mirada del ogro que caía siniestra sobre ellas, advirtiéndolas que el trabajo iba á comenzar y había que echar en el platillo de la buena suerte el éxito asegurado. El ogro empezó á desenredar maromas y apareció el monstruoso aparato que á doña Justa pareció terrorífico patibulo armado de poleas escalas y garfios harto poco seguros si bien á la altura de diez metros paralela con el balcón de su casa. El Jefe lo preparaba todo con gran parsimonia para dar tiempo á reunirse espectadores. Se componía este público de niñeras y niños, soldados y transeuntes que se detenían á disfrutar de función tan poco costosa. La estraviada mirada de una de las niñas contemplaba al mónstruo de las mil cabezas y la inspiraba más horror que su verdugo; recordaba que siempre que subía al aparatoso taller de sus infortunios se separaba la compacta muchedumbre para dejar al descubierto el redondel de puntiagudos guijarros de la plaza donde su cuerpecito endeble pudiera caer sin

amparo alguno: hasta las madres que asistían con sus niños cogidos de la mano la veían subir á trabajar en sus cuerdas con gran indiferencia; ella, no hubiese cambiado su tirano maestro por seguir á ninguno de aquellos seres, nadie fijó su vista antes de subir al trapecio en sus vestidos de malla sucios y propios de un sol canicular nadie se compadeció de su carita cárdena y descompuesta, nadie tuvo lástima de su arriesgado vuelo á la altura, y eso que nunca pudo acostumbrarse á su ascensión sin miedo teniale y grande, y solo el castigo esperado después, la hacía subir la vacilante escalera. Luego la seguía su compañera que era más animosa y á los gritos inarticulados y salvajes del ogro volteaban y torturaban sus débiles cuerpecitos. Después bajaban jadeantes y sudorosas y cruzaban la plaza ó esperaban que corriera el platillo de calderilla pago de su trabajo y sin más abrigo en sus hombros volvían á la posada inmunda donde les aguardaban las sacas de paja en el suelo y las mugrientas y raídas mantas de su menaje. Allí dormían se desnudaban y vestían seres tan distintos, y de tan distintas familias como individuos eran.

.

Doña Justa llamó á un criado y le dijo: en cuanto terminen sus trabajos esas pobres gentes les sigues y me traes noticias de su paradero. El criado llegó de su comisión y doña Justa tomó su capa y sin cuidarse del frío voló á la posada, saludó al Jefe con grande amabilidad y á la señora de la maroma y les dijo: he presenciado desde mi casa su función y como las niñas bajan sudando de sus trapecios quisiera darlas unas capitas de abrigo para envolverse cuando terminan, nosotros se lo agradecemos mucho á la señora porque nuestros pequeñísimos ingresos no nos permiten vestirnos. Bien, bien, las contestó la dama, que las lle-

ven á mi casa aquí están las señas, y si no estuviese allí, que las dejen todo el día para tomar las medidas y darlas también vestidos, y que vuelvan por ellas á la noche: después dió algunas monedas y salió no sin besar repetidas veces á las dos gemelitas desvalidas, Era la primera vez que recibían caricias. Julita educada en el Hospicio, creyó que la Virgen había descendido del cielo y la había visitado. Fani también se alegró mucho de la visita pero se fijó más en el vestido y la capita en perspectiva: que bien iría ella vestida como las otras niñas y no haciendo sus viajes en traje de función con el olor del polvo y del tiempo, eterno sobre sus cuerpos y recreándose en estas inesperadas felicidades quedóse dormida. Julita más reposada y filósofa volaba. Recordaba ella que un día fué una señora como esta al Hospicio á dar labor á las niñas y llevaba consigo una de su edad. Que felicidad para ella si esta señora tuviese una niña y pudiera jugar á su lado y servirle de criadita; y la niña que ella vió, llevaba otra pequeñísima que no hablaba pero abría y cerraba los ojos que era un hechizo y movía los bracitos y las piernas ¡oh! si mientras dormía la señoritilla la pudiera ella tener un ratito en los brazos que feliz sería! daría por bien empleado el tiempo de los ensayos, en que la retorció los brazos don Adolfo con sus manotas hercúleas y los pellizcos de doña Rufa cuando no saltaba bien en las cuerdas ni aquellas noches invernales que la tocaba tan poca manta que se helaba de frío porque los muchachos más grandotes que ella se la arrebatában si, si, todo se la olvidaría si la dejaran con la señoritica y su nena. No podía dormir... esperaba esperaba el momento de ir á la casa de la señora: y aunque no tuviese niños quedarse en un rinconcito con aquella visión de caridad que la besaba y la miraba con tanta dulzura. Ya pronto sería de día... después...

no quiso almorzar; aquel café sucio que con el hambre tanto la gustaba no tenía gana de tomarle. Ir, ir á casa de la señora dulce y al momento llegó el tamborilero llevó las dos niñas y las dejó en la casa para ir por ellas á la noche: comían allí. Un criado las introdujo en el comedor doña Justa los besó y acarició mucho, ella misma las sirvió un café nada turbio muy caliente y con azucar y leche y salió mientras lo tomaban; tenían lumbre en la chimenea y estaban encantadas. ¡Qué bien estaríamos aquí Fani! ya lo creo, contestó ésta comiendo cosas ricas y vistiéndonos con capas y vestidos de calle pero á mi me gusta el trapecio y me gustaría que me llevaran despues á trabajar. Tu eres muy cobárde y más quisiera que no subieras conmigo porque siempre estás temblando y me aturdes, pero yo estoy tan contenta y luego juego con Foro y nos queremos mucho (Foro era el tamborilero) y á mi no me castigan como á ti porque eres muy miedosa. Tu tienes miedo á don Adolfo como yo á mi madrasta; ay cuanto sufrí con ella! que castigos! sin comer colgada, golpeada cruelmente y cuando venía mi padre del trabajo que cosas le contaba! ay, mi padre me llegó á golpear tanto como ella, creyéndome perversa, y como no me atrevía á defenderme por miedo aquella horrible mujer él la creía todo, ¡oh! no quiero volver á verlos jamás. Si supiera que pasábamos cerca de mi casa me escapaba de esta compañía. A mi también me ha pegado don Adolfo pero como yo soy tan valiente y subo la escala en tres saltos me ha castigado menos, luego se lo digo á Foro y nos reimos de él. Cuando nos acostamos Foro remeda sus muecas de viejo feo, yo me río. Y cómo le ves si estamos á oscuras? porque se como las hace y como si las viera, escucha Julita, se me ocurre una idea que te va á consolar pero dice que cuando seamos grandes será mi maridito y dejaremos

solos á los tigres, (él los ha puesto los tigres porque con sus garras oprimen nuestros brazos y los tigres pellizcan; pues bien, cuando me case con Foro tu ya no volverás á subir á la altura que tanto te aterra trabajarás en el suelo, porque un día por sostenerte vamos á caer juntas y me causa mucha pena verte sufrir, no, no volverás á subir cuando yo me case con Foro pobrecita.

¡Qué buena eres Fani! y cuanto te agradezco lo que me compadesces: para pagártelo rezaré por tí. ¿Tu no sabes rezar? yo no, que es eso? y para que sirve? para ser feliz ¡ay! ¡ay! rezar es hablar con la Virgen Santísima y por medio de ella con Dios, las que no tenemos madre en la tierra tenemos la madrecita del cielo que es madre de todos los niños y del niño Dios y cuando nos castigan con crueldad y estamos afligidas la rezamos y nos consuela y á mí me ha dicho un día estando durmiendo que no sería volatinera, que ella me ampararía y así cuando me golpean como espero que va á venir por mí me consuelo: y adonde te llevará? no sé, yo creía que se parecía á la Virgen la señora que fué á buscarnos tan dulce y tan compasiva; si pero esta señora despues que nos dè los trajes nos mandará á la posada; yo rezaré á la Virgen que no volvamos más no, no, por mí no rezes, que no puedo dejar solo con los tigres á Foro sin mí se moriría: bueno rezaré porque cuando te mueras te lleve al cielo. Y como es el cielo? muy precioso, no le ves desde aquí que grande, que grande es? pues por dentro está lleno de ángeles; y. .? cómo son los ángeles? no has entrado nunca en la Iglesia? no, pues son unos niños muy hermosos con alas, que tocan músicas muy bonitas y juegan con juguetes de oro y comen cosas ricas? no, porque nunca tienen hambre: están siempre cantando y alabando á Dios, y como sabes eso? á mí me han educado monjitas del

del hospicio y me lo han enseñado todo ¡Oh! si no hubiera rezado me hubiese muerto. Si yo no esperara en mi madrecita la Virgen del cielo, que sería de mi? pues bien Julita yo también pensaré en ella. Enséñame una oración para decírsela todos los días y cuando me muera me iré con ella. Te enseñaré la salve y desde esta noche no te olvidarás nunca de rezarla. La señora que se parecía á la Virgen volvió después de oír el diálogo de las huérfanas, sollozando. Poco tenía que preguntarles: decidme hijitas mías os gusta esa vida errante y tan llena de privaciones? á mi si señora contestó Fani porque en mi casa sufrí mucho: no conocí á mi madre y la que ocupaba su lugar era muy cruel conmigo y por sus acusaciones lo era también mi padre y ella le propuso que yo entrara en esta compañía diciéndole que todos los oficios eran buenos y fui admitida mandándome ella misma á incorporarme dos leguas fuera de la aldea no sin decir á sus vecinos que me llevaba colocada de niñera y no he vuelto mas, ni quisiera volver nunca: y aunque aquí castigan para enseñarnos á mi me gusta mucho el trapecio y nada me causa miedo: subiría á un tejado por una maroma como un pájaro, la que se aterra hasta derramar muchas lágrimas es Julita la altura la produce vértigo y espanto indescriptible: si la diera permiso don Adolfo se quedaría aquí á cuidar niñas si usted las tubiera ó de criadita. Por eso reza á la madrecita de los niños la Virgen del cielo. Compadézcase la señora de ella. Yo no quisiera que me dejara porque nos queremos mucho pero prefiero verla feliz: es tan buena que donde usted la coloque la querrán mucho pero hoy no podemos ir Foro y yo sin ella porque nos golpearían cruelmente. El maestro sería capaz de matarnos pero si la señora le ruega quizá la deje en su poder porque siempre la dice que nunca será una buena artista.

La señora escuchaba con los ojos humecidos por las lágrimas el relato de Julita que oraba con las manos juntas. Doña Justa preguntó á Fani como vino con vosotras esta niña. Ya hacia dos años estaba yo en la compañía pasábamos por un despoblado y nevaba mucho. Julita guardaba una cabra con su cabritillo y me dió pena verla sola y á los niños también y le dijimos al maestro señalándola, que venga con nosotros: si tiene padres no; id y preguntádselo, nos dijo que era hospiciiana y que la habia sacado una familia pobre del hospicio para cuidar de un niño de meses y de la cabra que le criaba con su leche; pero que la gustaría mucho ir en el carro con ellos y se vino, pero en cuanto la empezaron á enseñar los ejercicios gimnásticos lloraba y lloraba sin consuelo y la causaban espanto y temor verdadero pero ya estábamos muy lejos de su pueblo y no ha vuelto más. Señora si la amparáis hareis cosa buena y os alegraréis de haberlo hecho. Doña Justa meditó un rato y tomó resolución decisiva; llamó á una de sus contertulias y hermana en obras de caridad y con ella se encaminó al Gobierno civil donde fueron recibidas por la primera autoridad inmediatamente. Doña Justa era esposa del diputado á cortes por aquella circunscripción y fué escuchada su petición de llevar á la niña al seno de una familia que la diera hogar y tranquilidad para lo cual ofrecia su casa con el benaplácito de su marido pero quería si tropezara con algún obstáculo contar con su apoyo y otorgándosele ampliamente la contestó: creo que no necesitará usted de el pues no sirviendo para sus fines la niña se desembarazará de ella con facilidad si bien exigiendo algo por el tiempo que la ha sostenido aunque sea tan imperfectamente. La señora y su amiga salieron y convinieron en llamar al maestro y que fuera á casa antes de la hora de volver las niñas y las dos recibirle

y darle cuenta de su comisión. A la hora de comer trató el matrimonio del modo de traer la huerfanita á casa: aunque en el momento vivían solos tenían dos hijos casados la hija sin familia y para que no les molestase la huerfanita la llevarían como pequeña sirvienta aunque educándose en un modesto colegio primero y así convenido llamaron á los postres á las dos niñas colmándolas don Mauricio de confituras y caricias. Las dijeron que Julieta se quedaría con ellos pidiendo permiso á don Adolfo y que Fani se iría á su trapecio según sus deseos. Mudas de estupor y gratitud no osaban levantar, la vista: llegó una modistilla de ropas hechas con camisas, refajos, medias y vestidos y probados que fueron quedaron las dos vestidas con dobles prendas interiores y exteriores y las capas de sus ilusiones.

Mientras probaban sus trajes doña Justa volvió á preguntar si les gustaba mucho la vida del circo Fani contestó á mí mucho pero Julita es tan miedosa que la causa temor el trapecio y aunque yo subo como un pájaro por las maromas como ella tiembla tanto me aturde y creo que cualquier día caemos al redondel juntas y nos ha causado tal compasión que si no le sirve á usted la niña nos quedaremos con ella para enseñarla otro oficio. Don Adolfo escuchó la relación como contrariado en extremo y quiso vender cara su discípula. Señoras yo la he enseñado este arte he pasado largas horas con ella y me he sacrificado la he alimentado cuatro años sin interés alguno y efectivamente es cobardé y pusilánime y no será nunca una artista pero al fin sinó por gusto por el castigo trabaja. Hay que preguntarla si la gustaría quedarse aquí y después... añadió haciendo sonar los dedos de la mano como un teclado después si me conviene tengo que cobrar los gastos hechos con ella. No crean ustedes que

soy un tirano, me conformaré con un centén de oro por mensualidad. Muy bien me parece que usted no se perjudique y para que la niña no sufra violencia quedará aquí dos días sin Fani y si la agrada estamos conformes. Doña Justa volvió con Fani sin decirle que se despidiera y la entregó vestida y calzada á su dueño con el aditamento de algunas monedas y quedaron en volver dos días después si aquella seguía contenta á recoger su venta y despedirse. Las señoras volvieron á Julita que jugaba con las niñas de Sofía y la comunicaron lo que habían convenido (menos el precio), con su maestro. Creyó volverse loca de felicidad y volviendo la infantil mirada á un cuadro que representaba la Virgen y el Niño dijo: bien sabía yo que mi madrecita del cielo no me olvidaría y corriendo á doña Justa se arrodilló y la besó repetidas veces la mano.

LA TERTULIA

La amiga y compañera de obras piadosas joven y hermosa se llamaba Sofía y aunque todas en la tertulia trabajaban labores para pobres, estas dos eran las activas para inquirir y buscar desnudos y necesitados y llevar á sus chozas y guardillas las ropas hechas éstas se guardaban en un cesto en la casa donde se hacían. Después de salir el carcelero de Julita, Sofía tomó la palabra y dijo; tengo un proyecto para los contertulios pues alguna vez he de ser yo la iniciadora. Admitido contestó la oyente. Esta noche quiero que mi marido y los demás tresillistas domingueros paguen la redención de la cautiva y lo que falte para llegar al total lo paguen los afortunados porque usted en todas nuestras obras es autora y protagonista y quiero salir de novicia dijo jovialmente. Los vestidos de las niñas han de correr de mi cuenta y la de su hija

Luisa que ya sabe usted que no quiero ser activa hasta que usted falte pero tiene su opulento bolsillo á nuestra disposición. Las señoras de nuestra reunión nocturna que son como Luisa darán capotes y calzado á los niños que no por ser grandotes serán insensibles á la intemperie. Y Julita cuando lo sepa será del todo feliz. Así se hizo sin oponerse á nada doña Justa. En la tertulia se discutia mucho sobre las aficiones proletarias de cada una. Esta queria con preferencia á los ancianos, la otra los cojos y los lisiados que no tienen casas benéficas; quien por las viudas con niños, cual otra por los hospitales para consolar los enfermos, doña Justa y Sofia por los niños desvalidos y aún pudientes esta última por haber oido casos de caridad á su maestra sobre todo con madrastras. Allí habia ella dirigido su ojo perspicaz y psicólogo ahondaba ó inquiría y era el ángel tutelar de los niños. Contaba allá en su tertulia que en su larga carrera aunque no tenia cincuenta años, habia conocido casos singulares sin que eximiera á la madrastra ser hermana de la madre de las niñas la antipatía á los angelitos, pues siempre entra como agente principal los celos que producen aquellos seres hijos de otro amor y con estos se hace una valla imposible. Lo primero que causa esos celos es el amor paterno y como ese amor cree que se resta del suyo ahí van los tiros emponzoñados como si fuera amor adultero. Yo conocí, contaba doña Justa una familia y aún fui su amiga después; que tenia el viudo dos niñas hijas de la hermana de la madrastra: más celos la causaron aquellos dos inocentes con sus caricias al padre que dos mujeres amadas por él y como su orgullo estrivase en que todos los amigos la tuviesemos por madre cariñosa, no se efectuó nunca que las castigase por su mano, pero se fué apoderando del cariño de aquel hombre por completo absorbiendo su ser y pocos días pa-

saban sin que las niñas fuesen duramente castigadas por su padre á tal extremo que llegó á ser del dominio público el mal trato de las huerfanitas. Yo frecuentaba la casa para irme apoderando también de aquella infame mujer causante de los castigos y poniéndome de su parte cuando me contaba la ingratitud de sus hijas adoptivas, logró seducirle siempre á su lado y logró llevarlas á su colegio hasta que fueran señoritas y pudieran defenderse. En otra ocasión conocí á otro viudo con una niñita de seis años tan locamente enamorado de ella y frenético que se jactaba de no haber tenido un capricho la nena que el no hubiese satisfecho: un día pidió rosas en febrero y por telégrafo se pidieron á Valencia y criados, parientes y amigos á satisfacer los antojos del angelito. Yo le reprendía su locura y conducta y contestaba invariablemente: no puedo, no puedo Justa variar. Yo soy así: tengo treinta años y he jurado no casarme por ella y no quiero ayas ni institutrices quiero que se robustezca y viva al aire libre sin más Pedagogía que sus antojos hasta que tenga diez años.

Y cuando le pida á usted Venturita la luna que hará usted? telegrafiar al Planeta que le mande lo que ella creará un panecillo reluciente por el tamaño visual? no sé, no sé lo que haría Justa yo estoy loco con este cariño. Pasados algunos meses de esclavo del angelito me dijo un día: como la niña sale siempre con migo y su niñera y en previsión de que estuviera yo enfermo y para que no deje de salir Ventura quisiera que me proporcionara usted que trata con tantas gentes una amiga de alguna edad y algo educada para que no aprenda la niña malos modales; pues viene usted en buena ocasión. Hace poco tiempo quedó viuda la señora de un médico y es muy formal muy apagadita de vestidos modestos sin medios de fortuna que aceptará

el puesto. Hasta su rostro sin rastro de hermosura y sus cuarenta años son apropósito para que salga sola con la niña. Se lo anuncié y quedó en la casa; salían los tres todos los días á paseo y si él faltaba, solas, y solían venir á verme casi diariamente, ella agradecida por su colocación y la niña por la costumbre de jugar con Luisa. Aún no hacía un año que la viuda del médico cuidaba de la niña cuando se presentó un día en mi casa el viudo muy consternado: ¿Qué le pasa á usted? mucho; hoy he dado á Venturita dos cachetes demasiado fuertes y casi se nos accidenta y después de mi agresión he pasado mal rato. ¿Y como ha sido eso? llegué á casa y encontré á la pobre Josefa que es una cuitada llorando porque la niña quería venir con Luisa y ella por educarla quiso contrariarla un poco y la dijo su discípula, que ella no tenía que mandarla que era su criada. Y eso es para golpear á la niña bastante motivo? querer venir á jugar con su amiga y llamar sirviente á quien lo es? Josefa quería que la castigara á no venir pero no me pude contener al ver llorar á una pobrecita tan humilde. ¡Ay! yo temí desde entonces que apesar de la edad fealdad y ningún otro atractivo de mi recomendada que la ponían á cubierto de toda pasión amorosa. Viendo que la niña no venía fui á su casa y apenas me vió voló á mis brazos y empezó á llorar con tanta amargura que me dejó transida de pena ¿qué tienes hija mía, qué tienes? nada si no lloro decía aterrada mirando á la bendita Josefa. Oiga usted la diga algo severa desde mañana lleva usted todos los días á la niña á mi casa. Está castigada: sí pero basta ya de castigos con los días pasados no falte usted; pero la cuitada y humilísima viuda después de llevarla algunos dias la volvió á recluir. Se apoderó también de una hermana de su Señor y en fuerza de delaciones de la pobre criatura concibieron padre y tía

que si Josefa con aquella dulzura seráfica no la educaba por supuesto sin tocarla (allá su padre) sería desgraciada. Después.. la bendita quitó los lutos y se remozó mucho y se vistió elegante para acompañar á la discípula después .. la llevó á un colegio á media pensión para no perderla de vista y castigarla... cuando hiciese falta; después... se casó con el viudo para que no sufriera su honor ninguna murmuración y tuvo una niña y Venturina fué su niñera y murió el viudo y con el tiempo casó á Venturina con un médico de un pueblo siendo muy rica muy pobremente y por final ahí está su hija viviendo fastuosamente casada con un rico capitalista y la angélica viuda en gran armonía con su hermana política. Ni talento, ni hermosura, ni bondad, ni riqueza tuvo. ¡aberraciones! Y podía contar mil casos, porque los niños son la pasión mía esos seres inocentes é indefensos me llenan de pena pero no he de dejar uno; de esto hará doce años el caso es muy singular. Vino á ofrecerme criada una madrastra por cierto excelente mujer y de la cual conservo grato recuerdo por colaborar en una obra de niños de las mejores que hice en mi vida. La que vino á ofrecerme era su propia hijastra no porque la estorbara sinó porque el jornal de su marido que cubría los gastos de alimentación no alcanzaba á vestir y calzar á dos hijos como deseaban. Una jovencita de diecisiete años trataba de casarse con un viudo con dos niños de cuatro y cinco los dos varones, y la otra quedó en mi casa de doncella. Al poco tiempo de estar con migo vino un día festivo muy consternada era el día que veía á su familia y muy preocupada y recelosa llamándome con gran recelo de ser vista por otros criados me dijo: señora viendo el amor que usted siente por los niños abandonados y contando con que usted no hará daño

á nadie me voy á permitir rogarle que ampare usted á dos muy necesitados de un alma buena.

Mi hermana que es una niña no ha debido mi padre casarla porque no hay juicio ni discernimiento en esa edad para ese estado y después vienen los inconvenientes pero su marido que la dobla la edad se enamoró tan locamente de ella y la enamoró tanto que á los pocos meses se casaron: y no mucho tiempo después, me llamó un día y me dijo: Escucha Angela yo no puedo soportar á estos niños tan sucios y de tan mal olor allá que los cuiden sus madres ¡Jesús, pobrecitos! no ves que no la tienen, y que tu has venido á ocupar su puesto? Yo no Angela, yo he venido á vivir con mi esposo; yo á estos niños los aborrezco, no quiero lavar sus ropas siempre húmedas y hace días que para evitarlo no les doy agua. Antes les azotaba mucho cuando les mudaba de vestidos ó cama que también de noche cometen sus faltas y ahora les castigo así. No hagas eso, no hagas eso por Dios, porque es martirizar á dos ángeles y si lo supiera su padre te mataría, se lo dije yo que iba hacerlo y me dijo que sí que sí para escarmentarlos que él no quería que su hermosa chiquilla sufriera malos olores; y por las noches les enseñamos agua extienden las manos y les doy fuerte en ellas. Anoche compró Juan un botijito y le llenó en la fuente y se le enseñaba diciéndoles cuando no..... entonces beberéis agua. Yo fui corriendo á casa de mi madrastra que como excepción es buena á comunicárselo para que ampare á los niños, pero me detuvo mi padre que es de genio violento y pudiera golpearla ó hierirla gravemente y aquí me tiene usted señora en la mayor angustia no múeran de sed los niños. Corra usted en busca de su madre que venga al momento. Vino la excelente mujer y empezamos nuestro plan de ataque exigiéndola el más absoluto silencio. Otro dia fué á llevar á

su mala hija la noticia de que la señora de su hermana quería vestir á los niños y llevarlos á un colegio de párvulos de las monjas Carmelitas pagados por ella. No se alegró poco la perversa de verse libre de tal carga y perderlos de vista. Al momento pasaron los niñitos al colegio todo el día y guiada por mi empezó la enseñanza en la escuela y fuera de ella de las naturales necesidades y queriendo yo que mi lavandera lavara sus ropitas no lo aceptó y con sus manos lo lavaba y planchaba para entregarlo á la diabólica chicuela y acostaba y levantaba á los niños satisfechos de beber y desbever á su tiempo, y les libró en unión conmigo de morir á los indefensos inocentes y muero tranquila porque mi discípula Sofia me secunda con creces y mi hija será su compañera cuando yo falte, pero aunque los niños han sido el objeto predilecto de mis obras piadosas nunca pensé en los histriones y acróbatas, hasta que Dios los puso enfrente de mi balcón, y en verdad que Julita es uno de los seres que más me han afligido. Sofia tomó la palabra y dió cuenta de sus proyectos á la tertulia: los dos grupos que la componían lo aceptaron todo y se dispusieron mesas en el cuarto de la chimenea grande donde jugaban los caballeros los días festivos y aquella misma noche la incansable discípula recogió en una bandeja la redención de la funambula. Dos días después cuando esperaban á don Adolfo las dos caritativas damas advirtió á Julita doña Justa que no se manifestase poco cariñosa con su maestro por los castigos sufridos que se fundaban en su enseñanza y aunque en adelante no los volvería á sufrir, ésta tenía diversos modos. Vino el Jefe con Fani se le pagó espléndidamente, se llamó á la niña para despedirla que se abrazó á su amiga en estrechísimo abrazo y besó amorosamente la mano que habia torturado sus miembros.

DOCE AÑOS DESPUÉS

Un día que Julita rodeada de niños [entonaba canción inocente que deleitaba los oídos de los angelitos, se presentó una sirvienta con un abultado sobre dirigido á ella certificado: volvió hacia el su hermosa cabeza con melancólica indiferencia y sin fijarse en la letra la dijo: dejadlo sobre la mesa de mi cuarto para leerle cuando termine mi ocupación. Dieron las doce los parvulos se diseminaron por los patios y Julita abrió la carta de varios pliegos escritos en elegante letra tranquila como quien la esperaba: ningún grito de sorpresa salió de sus labios ningún movimiento febril agitó su cuerpo leyéndola firme. Una alegría serafica dulce y tierna y una mirada á su madrecita de los cielos que un cuadro de su cuarto retrataba fué la única manifestación demostrativa de sus impresiones. La carta decía así:

Querida Julita: decirte que en doce año un solo día haya dejado de recordarte ó de pensar en tí sería faltar á la verdad. En los primeros meses que nos dejastes todas las noches antes de dormirnos le contaba yo á Foro nuestras conversaciones íntimas nuestro cariño como yo para quitarte el miedo como te distraía en las alturas y luego antes de dormirme tu Salve la oración que me enseñaste á la madrecita de los desvalidos que cuida de nosotros. Algunas noches me decía Foro cállate que no nos dejas dormir con tu Julita pero otras muchas medejaba ir y venir con tus recuerdos y seguirte á todas partes. Una vez que estábamos muy despiertos los tres decía Enrique: ¿cómo estará vestida será muy señorona con trajes de seda? Yo quisiera verla luego callaban. Señal de que dormían: y otro poquito de recuerdo y la salve: tu salve que nunca olvidé.

Desde que tu nos dejaste casi nunca volvi á ser castigada: dicen que cada día era mejor artista y como Foro lo era también mucho y Enrique fuimos tomando ascendiente con los Jefes y á los quinceaños me mimaban y cuidaban como á origen de su bienestar. Foro ya sabes que era muy adusto y huraño muchas veces y nunca hacia manifestaciones de cariño hacia mi pero yo sabia que era grande la pasión que iba llenando aquel corazón de atleta. Doña Rufa cuando pasó algun tiempo de tu marcha me puso camarote aparte cerca de ellos y los amigos juntos. Yo creo que iniciado por Foro que no gustaba allá á su modo que me vistiera delante de nadie ni dél mismo. Algunas veces me parece á mi si será hijo de algun personaje porque le gusta mucho todo á lo grande; pero es egoista en sumo grado y lo seria de niño, mas entonces no vería yo nada mas que el cariño inmenso que sentía por él ¡ahl cuando tu nos dejaste y con tener yo doce años no le llamo pueril puesto que vislumbró con mi intuición de niña las ventajas que me brindaba la suerte y y variación de mi triste vida y todo lo abandoné y á tí por él. Pero siguiendo mi relato que es largo y no quiero dejar detalle suprimido te diré que á los quince años según doña Rufa era yo la que ganaba tōdos los ingresos de las funciones, esta no quería á Foro porque era muy altanero ya á los dieciocho años: por eso no ponderaba su trabajo acróbata pero era un artista extraordinario tambien.

En esa época estábamos en Portugal en una ciudad de provincia y dimos cuatro funciones que sacamos pingües ganancia. Gustamos mucho. Foro era ingenioso tenía un repertorio variado para diez ó doce y nos quedamos viéndonos siempre muy bien admitidos. Yo era ya señoritilla y hermosa según mis maestros y ya no me permitía mi guardian que fuera

á compras de viandas, les hacía vestirme y calzarme elegante y los trajes de amazona lujosos. La pobre doña Rufa salía con su cesta de viaje y compraba lo que hacía falta. Habíamos alquilado en un apartado barrio de la ciudad un cuarto con muebles modestos menos mi cuarto que no hubo más remedio que ponerle un lujo relativo; y como las ropas había que labarlas mucho porque Foro empezaba también á elegantizarse llamamos á una viuda con niños que vivía en el sotabanco para estos menesteres y una niña suya para mis recaditos que la fui tomando cariño y la puse Julita en recuerdo tuyo: la daba mis ropas deshechadas se las arreglaba á su medida y me quería mucho. Su madre se encariñó también con nosotros y la propuse que Julita aprendiera nuestro oficio y lo aceptó pero yo con el propósito firme de prohibición absoluta de enseñarla don Adolfo más que yo misma con promesa interior en memoria tuya de no tocarla mi mano para el castigo pasamos allí la mayor parte del invierno. Foro se entretuvo en amaestrar una docena de perros y gatos que hacían la felicidad del público dirigidos por don Adolfo.

Después de bien retribuidos salimos de Portugal y nos llevamos con gran contento de su madre á Julita que es como yo ó más arriesgada y ha sido un rayo de luz en mi vida nómada. La obra que hice con ella me la paga con inmenso cariño ella te escribe y ya se ha levantado varias veces á besarme durante su escritura y como siempre y á todas horas me oye hablar de ti y tus cualidades y tendencias siempre y á diario repite que quiere ser como su tocayita y antecesora en mi afecto. Foro con su pasionota honda protestaba y la decía rabioso si no servía para nada si hubiese seguido con nosotros esta no existía hubiera caído de la altura por ella. Yo me reía porque todo me parecía hijo de su

cariño brutal hacia mi. Otras veces salíamos por las calles y me decía cuando veíamos alguna señorita muy vistosa y elegante: así será tu Julita; yo movía la cabeza negativamente. Un día que me señalaba una de talante muy orgulloso comparándola contigo seguí moviendo la cabeza según mi costumbre y me dijo muy enojado: ¿qué significa eso? con esto quiero decir que Julita es más dulce, más hermosa, más sencilla y que yo la veo en mi mente rodeada de luz con extrañas vestiduras y de otro modo distinto de esas mujeres. Tu eres una fantástica y tus sueños y tus visiones verán cosas que á mi me causan ira. dijo con acento colérico y no quiero que ni tu mente, ni tu corazón, ni en sueños ocupe nadie el sitio que quiero ocupar yo sólo, sólo, sólo; y se agitó furiosamente. Esta vez fué la única que no sonreí con su pasión bestial. Me pareció tiránica, bárbara y absorbente, y me dejó intranquila. Hasta entonces, cuando cruzábamos un paseo, se paraba de repente diciendo ¿qué miras allí?, nada, respondía sonriendo, y allí había dos jóvenes los que nos miraban que no había visto, porque fué tan inmenso mi afecto á él, que las muchedumbres eran para mí masa compacta en que no distinguía hombres y mujeres, sólo veía en todo lo que me rodeaba un ser: mi Foro, pero este día comprendí que aquel oceano de amor que me ensobrevecía tanto iba ¡demasiado lejos. Te doy cuenta de todos estos huracanes y borrascas de los vicios humanos que tengo por seguro ignoras, para que veas como llegan á tempestades las que parecen suaves brisas y céfiros blandos. Estos enojos quedaban deshechos con mi carácter apacible y dado el perdón, pero esta vez, quedó una espinilla clavada en mi alma que nunca se arrancó de ella. No se porque surgió allá, en el arcano como sombra siniestra una madrastra de mi niñez y un D. Adolfo de la

tuya. Ya iba yo aproximándome á los 18 años y doña Rufa le preguntaba á Foro: ¿por qué no te casas ya con Fani? porque desde niño hice promesa de no casarme hasta que sea rico y pueda comprar las joyas y vestidos de circo, todo con mi dinero para que nadie la tire nada al redondel. Cuando cumpla veinte años nos casaremos. Nos fuimos á Italia, patria de nuestros dueños y aún de Foro que había pasado allí su niñez y hablaba aquel idioma mejor que el suyo é iba muy contento.

Allí pasamos dos años recorriendo ciudades y capitales de provincia pero ya envanecido aquel con lo que sabíamos no se detenían en aldeas y entre él y doña Rufa dirigían los gastos y administraban el pequeño capital. Don Adolfo envejecía por momentos y le anulaban y relegaban á sus perros y gatos. Con nadie hablaba más que monosílabos: no le hubieses conocido. Allí ganamos mucho, trabajamos los cuatro juntos y separados con gran perfección y como intermedio serbian de clowns los animalitos del viejo. Un día se levantó Foro muy temprano y me llamó para comunicarme una noticia de sensación: me dijo que hacía tiempo venía leyendo en los periódicos que llamaban la atención en París una compañía, de acróbatas, norteamericana notabilísima que él quería verlos y cuanto hiciesen ellos haría él, que se ausentaría solo quince ó veinte días en cuyo tiempo no saliera de casa, que no le gustaba que me vieran sin él. Le contesté que sentía su ausencia y mucho más cuando tenía en mi cabeza un proyecto que con ella había de prolongar ¿y cual es? aprender á escribir y leer para distraerme: quieres que vista bien, que sea fina y soy tan tosca que no sé escribir. Pues me alegro y ya ¡tienes ocupación las primeras nociones puede dártelas Julita y yo á mi vuelta te perfeccionaré lo necesario. Se marchó y

Julita la emprendió con tal ánimo y el mío era estremo-
so que cuando volvió el viajero hacia yo letras.

Se había exaltado de mi mente con terquedad inau-
dita el comunicarme con tigo: tenía vivísimos deseos
de saber si eras feliz como yo tan firmemente creía si
no me habrías olvidado como creía también y pregun-
tarte si tú lo sabías si aquellos locos amores sin con-
trariedades serían buenos ó si adolecían de grandes
defectos en fin, mil cosas que á nadie podría preguntar.

Julita era muy niña para mis investigaciones los
viejos vivían constantemente á mi lado y no tenía liber-
tad tampoco pero estando Foro con nosotros si porque
salía muchos días á caballo pues no te he dicho que
teníamos dos jaquitas preciosas para trabajar en el cir-
co Julita y yo y que éramos dos amazonas que volá-
bamos trabajando encima de ellas y él salía alternan-
do á paseo y nos dejaba muchas horas libres que podía
yo aprovechar pretextando ejercicios de escritura en
fin, tenía mi plan que me producía felicidad anticipa-
da. Foro tardó en volver un mes pues era su afición de
acróbata grandísima y estuvo asistiendo al circo en
Paris diariamente y venía contentísimo de lo que ha-
bía visto y aprendido para él y para todos nosotros
hasta para don Adolfo y sus discípulos. Así que empe-
zamos una serie de ensayos tan fuerte que temí por
mi salud pues queriendo que hiciera mucho y siendo
mayor que Julita, me hacía trabajar con exceso. ¡Oh!
me decía siempre; vas á ser una celebridad y yo aspiro
á lo mismo. No por eso dejaba de darme lección de es-
critura y á los dos meses con mi afán cada vez más
creciente llegó un momento en que escribí con carac-
teres gruesos tu nombre diez veces repetido y en el
colmo de mi alegría le presenté mi escrito diciéndole:
mira ya puedo escribir á Julita que es todo mi deseo
ni un rayo le hubiese herido más. El que en su indoma-

ble orgullo creyera que lo primero que trazase mi pluma fuera su nombre viendo tantas veces repetido el tuyo fulminó mil improperios que me dejaron anonadada y como ello para mi revelase inmenso y profundo cariño me eché á llorar sin consuelo pidiéndole muchas veces perdón pero cerrando la puerta con violencia y sin atender á mis ruegos marchó montando la jaca de Julita.

Volvió de noche y no quiso verme, le llamé con mil dictados amorosos, nada escuchó, ¡oh que noche! me desvelé completamente y la pasé llorando. Otro día... perdóname Julita otro día le prometí con mi palabra de honor que no te escribiría jamás. No me volvió á dar lección de escritura. Desde entonces y vencida por él como siempre la única afición mia se mostraba mas amoroso y yo cada vez le amaba mas, dedicándole las tres potencias del alma y todos los instantes de la vida,

Nos fuimos á Napoles y dimos cuatro funciones que llenaron los bolsillos de mi dueño amado y vi con sorpresa que se iba apoderando de él con el deseo de ser rico sordida avaricia depositaba en el banco todo lo que ganábamos él Julita y yo y repartía el resto á los otros. En una de éstas vi á un Inglés que no apartaba los ojos de nosotros especialmente de mí. Acabada la función llamó á Foro y le dijo: que era de la compañía norteamericana que trabajaba en París que estaba viajando, que pensaba dividirla en dos para una «tournet» por las capitales principales de Europa que había visto un cartel y se había metido á distraerse y que le agradaba nuestro trabajo. La hizo proposiciones tentadoras á su avaricia y fueron aceptadas, hasta Julita; pues no quería mas que á Foro y á mi pero yo contra mi costumbre me revelé que no trabajaría sin ella y fué aceptada también, y quedamos en ir á reunirnos á Roma.

Nos despedimos de los maestros sin ningún sentimiento si bien rogando yo á Foro que diéramos una función para regalarles todos sus productos á los abandonados y les regalara perros y gatos para sostenerse por las aldeas allá quedó Enrique con ellos; también rogamos por última vez á D Adolfo nos digera el origen de y si vivían sus padres, y nos contestó como siempre que era hijo de un amigo que se le recomendó al morir, y nada mas tenía que añadirle.

Entonces dije yo á mi amado: ahora si que ya no consiento que pasemos más tiempo sin casarnos porque ni á D.^a Rufa tengo para acompañarme, pero él sabía que en estas compañías funámbulas, tienen más atracción las *Señoritas* y me contestó: ahora pasaremos por hermanos y Julita por compañera y cuando vayamos á Madrid después de nuestra primera campaña nos casaremos allí; y lo admití sin más replicar. En las fondas tomábamos un cuarto para Julita y para mí y otro para él, inmediato al nuestro y salíamos juntos siempre. A los pocos meses de trabajar con los nuevos artistas era yo la primera amazona y Julita la segunda me secundaba con creces. Los tres nos habíamos apoderado del público En Madrid sobre todo, como somos españoles y como se dice en lenguaje artístico, hice é hicimos furor. Así Foro con su insaciable avaricia fué exigiendo y tomando miles de pesetas. Allí nos casamos secretamente y confesé por primera vez y fuí instruida en doctrina y creencias religiosas, y sobre todo recordé de otra manera tu salve, siendo más inteligible para mí. Desde esa época varió mucho mi vida, el caracter de mi marido, sobre todo sufrió una verdadera transformación, ya no fué hurraño, era amoroso y hasta espléndido, vivíamos, comíamos y nos vestíamos con lujo. En el Hotel teníamos tres habitaciones, los dormitorios de Julita y nuestro y un

salón en medio de ambos precioso; salíamos en coche muchos días, comprábamos joyas é íbamos al teatro con frecuencia. Ví resplandecer la felicidad sin darme cuenta de donde venía; me dejé llevar como góndola por lago tranquilo: pero un día que Julita escribía á su madre á quien enviaba algunas veces pequeñas letras de cien pesetas, y estando presente Foro le dijo: ¿sabes que tengo una idea feliz? ¿y cuál es? me contestó sonriente, que viendo escribir á Julita recuerdo la pobreza de su madre, y como ella, está ricamente vestida y tiene joyas y todo lo necesario, en adelante no necesita gastar su sueldo y puede sostener á su madre y aún venir ésta á vivir con su hija y traer á sus hermanos. A mi marido le contrarió mucho mi feliz idea y entreví que su avaricia asomaba la cabeza.

Él mantenía, calzaba y vestía á Julita y la compraba todo lo necesario y aún mandaba á su madre algo pero no llegaban ni con mucho á lo que mi discípula ganaba y contestó secamente: creo que á su madre la costará salir de allí, lo que podemos hacer es enviarla una pequeña pensión para su sostenimiento y que no trabaje; pero Julita mirándome y adivinando mi pensamiento escribió proponiéndola venirse con sus hermanos para lo cual tomaría una casita modesta y colocados aquellos en el circo vivirían todos en familia. Ya verás, ya verás como te dan disgustos añadió mi marido, yo creo que no, repitió ésta yo seguiré mis paseos mis costumbres y mi género de vida con vosotros pues mi pobre madre no ha de gustar de ellas: él movía la cabeza en señal de no convenir con ella en su estilo reconcentrado y brusco. Vinieron, allá fué de mala gana á verlos conmigo con la misma los colocó en el Circo y quedamos solos. A los pocos días me dijo: ya no necesitamos el salón y he dicho que dispongan, para lo que estamos en casa basta con el cuarto de dormir,

Lo sentí; me gustaba columpiarme en sus mecedoras ó leer algún rato en sus mullidas y elegantes marquesitas y como teníamos dinero sobrado para esa comodidad ví que era pagarme la *idea feliz* con algún asomo de venganza y por su desmedida afición al dinero faltando el sueldo crecido de mi discípula.

Vino otra contrariedad que me produjo algunos disgustos. Julita no había salido nunca á la calle sola siempre con los dos por consiguiente teníamos que buscarla en su casa para nuestros ensayos paseos y distracciones y como era mía la culpa de su separación me dijo al poco tiempo: yo me molesto mucho con ir á buscar á la niña que venga ella. No Foro, no puede venir sola de ningún modo ni está su madre vestida para acompañarla sus hermanos estan ocupados y si te molesta iré yo á buscarla, dije cariñosamente; jamás, me contestó enfurecido, jamás desde ese día el ir á buscar á la niña fué un calvario.

Estábamos terminando la temporada y salimos para Londres y otras importantes poblaciones inglesas con objeto de regresar á Madrid en la primavera próxima y se quedó en esta ciudad la madre de Julita y un hermano colocado por mi marido en un teatro y el otro le llevó con él por ser el que dejaba en la taquilla para inspeccionar la venta de localidades. Allí fuimos verdaderamente admirados y pasamos dos años sin volver á España. Julita mandaba á su madre buenas remesas y colocaba dinero en el banco guiada por Foro que poseia una fortuna bastante considerable. Yo le preguntaba que objeto tenia ser tan esclavo del dinero y me contestaba cuando sea rico no seremos histriones ni divertiremos á nadie. Y tomaremos una casita para vivir solos? no; á mi me gusta viajar viviremos en Hoteles siempre, pero ahora no hay que pensar en eso porque estamos muy lejos; tu eres muy

visionaria; yo no quiero que te hagas ilusiones. ¡ah! si pudiese yo dejar esta vida! Te molesta mucho amado mio? Si: y me molesta por tí que cada día eres mas vana y deseosa de admiradores.

Ahí tienes á Julita que ya vale mas que tu y con ser *Señorita* vive mas tranquila sin cuidarse más que de trabajar y dar gusto al público que la paga. Yo me quedé anonadada con la injuria y la aspereza que se desprendian de sus celos y como había hecho con mi desgraciada vida un estudio de esa pasión que no radica en amor nunca que es hija del egoismo, de la vileza y ruindad del pensamiento y de soberbia satánica vislumbre lo que la inesperienza ignoraba y toda atribulada respondí: si tienes de mí tan bajo concepto me querrás muy poco. Si, esto me causa grandes amarguras y te quiero menos lo reconozco. ¡Ay! su reconcentrado carácter era arcano insondable de maldades soberbias y egoismos sin fin ni nombre. Entonces no me pareció así pero ya mi felicidad se llenó de tenebrosidades sin cuento. Ya quisiera terminar mi larga y triste historia pues si vivo algunos meses quisiera que la oyeras de mis labios. Después de estos acontecimientos y dos meses antes de volver á España fui languideciendo y siendo para mí costosísimo el trabajo de acróbata, y quejándome un día á mi marido me contestó: que comiera fuerte que pasara los días acostada en un sofá que no había más remedio que cumplir el contrato; que no podíamos dejar de trabajar hasta que fuésemos ricos y ni mi enfermedad ni mi inocencia me libraron de él, ni de ser recriminada con sus celos nacidos de la soberbia y la avaricia hija del mismo vicio. Trabajaba dos veces por semana y cuando creía reponerme un poco, en los dos días, el esfuerzo del trabajo volvía á enfermarme. Volvimos á Madrid tenía yo veinte y tres años estos

últimos de matrimonio y todo el viaje le hice acostada en los almohadones del coche cuando me lo permitían los viajeros, es decir, cuando había espacio: comía sin apetito y la enfermedad seguía su curso progresivo. Nos instalamos en el mismo hotel, se llamó á un médico á instancias mías, y me prohibió terminantemente los trabajos acróbatas hasta que repusiera mi salud. Mi marido fulminó contra él todo género de diatribas, y me permitió descansar un mes y salir á tomar el aire en las afueras de la corte tomando un tranvía para evitar gastos de coche. En fin estos dos años últimos para no alargar más mi carta ó folleto ha sido tan cruel como don Adolfo y tan perverso como mi madrastra yo creo que en los acróbatas es innata la crueldad.

Sus celos, sus reproches, sus injurias en público, sus ultrajes á diario han dado al traste contra mi salud y estoy hace tres meses sin salir de casa; durante este tiempo ha entrado raras veces á verme, hace ya dos que se fué á otro Hotel á vivir con sus amigos de circo y gracias á que Julita se ha trasladado con generosidad inapreciable á un cuarto inmediato y su madre me acompaña en su ausencia. Hoy ha venido mi marido á decirme que marchan durante el verano á Barcelona, que me dejaba dos mil pesetas para pago del Hotel y cuando me faltara dinero que le escribiera, que á él no le gustaban enfermos y por eso venía poco á verme, y se marchó sin más despedida; y como Julita ha de ir con ellos antes de un mes, yo quiero ir á un hospital de tu ciudad á una sala de pago cómoda y ventilada donde esté cuidada por hermanas de la caridad que me compadezcan y pueda pedir permiso á doña Justa para que me acompañes algún rato que será para mí la mayor felicidad. Espero tu contestación con vivos deseos para morir á tu lado y rezando

tu salve á la madre de los desamparados. La madre de Julita irá con migo para regresar enseguida al lado de su hija. Te ruego atiendas á tu desgraciada amiga.

Fani.

CARTA DE JULITA

Querida Fani: no me sorprendió tu carta la esperaba. Al momento se la leí á D.^a Justa y esta santa señora á la tertulia. Ya tienes cuarto ventilado con jardín siervas de Jesús que te cuiden y mi compañía muchos ratos todos los que pueda. Aunque de mis labios oiras todo lo ocurrido desde que nos separamos quiero que sepas donde vienes como vivo y vivi desde aquella fecha (la madre de los Cielos sea bendita). Constaré punto por punto á tu carta. Desde el momento que pisé la casa que me cobijó con caridad evangélica sentí un bienestar tan placentero, tan tranquilo y tan bendito que todo para mi fué felicidad completa. Solo sentía tu separación pero el equilibrio que hacia la de don Adolfo, (pobrecito cuanto he rezado por él!) ponía fiel la balanza que el sentimiento no me quitaba la dicha. No me vistieron de señorita. D.^a Justa que tenía dos hijos no me podía hacer su heredera si no su protegida. con beneplácito de todos me vistió de artesana acomodada pues ella tiene muchos infortunios que amparar daba mi ropa usada á niñas de mi edad y me vestía la nueva: también me educó en un colegio modesto de monjas carmelitas que solo recordar que tenía que ir á el con otras niñas me despertaba con alegría indescriptible jugábamos en las horas de recreo y cuando iba á casa á comer ni comia con los señores ni con los criados y si con un ama de gobierno ancianita que me tomó gran cariño y yo á ella; me peinaba hasta que

aprendí, muy pronto todos los días desde el primero que moré en tan santo albergue después de comer pasaba al comedor á recibir los postres de manos de don Mauricio y D.^a Justa las que besaba con grande amor, los metía en los bolsillos y me causaban deleite aún sin comerlos: entonces á recordar á Fani y se humedecían mis ojos por no poder compartíroslos y muchas veces una oración terminaba el recuerdo. Iba solita al colegio que estaba casi lindante con nuestra casa y los días festivos la dicha de las dichas jugar con una muñeca grande ordinaria (para mi divina) que cerraba los ojos para dormir. Yo la decía en mis intimidades con ella, quiero que seas buena para no castigarte no, nó no, no te castigaré nunca pobrecita! porque llorarías mucho tu no sabes lo que es el castigo la acostaba la enseñaba á rezar como las monjitas y la decía que cuando fuera grande iría al colegio como á mi tanto me encantaba.

Alguna vez que llovía y no salía á paseo la señorita que tu conociste venía á jugar con migo y traía sus muñecas preciosas y sus juguetes que me embelesaban sobre todo, los platitos y cubiertos para dar de comer á las ñenas. D.^a Justa que nos veía jugar observaba mis aficciones y me compró enseguida menaje ordinario para la mía y llegué á tener platitos que eran un sagrado para mi y nunca rompí uno. Un día vino la niña sin su muñeca grande y con los juguetes ¡ay! cómo no la traes la pregunté: la he castigado á no salir hoy ¡ay! ¡ay! la dije con las manos juntas: no la castigues yo iré por ella, tu no sabes lo que es ser castigada, tráela, tráela, por el niño Jesús, que juegue con la mía que estará llorando. A mi el castigo me aterraba. La niña mandó por ella: yo salí al encuentro con la mía y creí que nos miraba sonriendo al vernos. Pasados los meses de invierno, le dijo un día doña Justa que acudía solícita á todo como una madre la dijo al

ama de gobierno: doña Fermína, va V. á sacar los días de fiesta á paseo á Julita para que respire aires puros por los jardines algunas horas y la sirva á usted de compañía, oh si, dijo la buena anciana y me llevó con ella. Ya las calles bulliciosas me empezaron á contristar, pero en cuanto vi los paseos cuajados de gentes, creí que veía los circos ó que los iba á encontrar y me asía con fuerza al brazo de la buena señora, hasta que asombrada me preguntó: ¿qué, te produce miedo algo? no señora, pero hecho de menos mi muñeca y mi galería de cristales y no quisiera salir más: bueno hija, pero no tiembles así que no te volveré á traer por estos sitios. Te gustaría jugar con las niñas del colegio, ¡oh, si, si! pues allí te llevaremos y cuando vuelvas á jugar con tus juguetes y muñeca. Se lo dijo á doña Justa que adivinó mis miedos y desde el primer domingo fui á jugar con las internas al colegio y cuando hacía buen tiempo salíamos á praderas solitarias ó á pinares donde corríamos alegremente y me encantaban. A los quince años salí del colegio y me ocuparon después de arreglar mi cuarto y aseo personal en el repaso de ropas y en bordados de pañuelos y ropa de cama y mesa en el cuarto de costura.

Todos los días hacía labor doña Justa con nosotros dos ó tres horas y como ya iba siendo una joven formada me dijo un día: ya no tendrás miedo Julita á ir á paseo? no señora pero tengo una afición al retiro inata y gozo leyendo y arreglando mis cosas como en la mayor diversión. Solo tengo un deseo: si la señora no se molesta iría á ver el Hospicio; desearía ver las clases de las niñas y recordar donde pasé los siete primeros años.

Con mucho gusto te llevaré yo misma el domingo y allá fui con ella y estuve entretenida con las de mi edad y allá seguí yendo los días festivos jugábamos

con las hermanas y salíamos á largos paseos y fué de gran contento para mí la diversión de las festividades y allí nació mi vocación religiosa de hermana de la caridad. No la comunicaba á nadie porque el dote era dinero y no podía exigir á aquellos cariñosísimos padres más de lo que hacían por mí. Pero doña Luisa hija de éstos lo adivinó y manifestó aquella tertulia que mejor le cuadraba el nombre de asociación piadosa y acogieron mi decisión con gran respeto doña Luisa se aprestó con generosidad á pagar la mitad de mi dote doña Sofia propuso á todas pagar la otra mitad y á los diez y nueve años vestía ya el hábito que indignamente llevo y he ahí las estrañas vestiduras de tus visiones al recordarme. Soy monja en el hospicio y educo los párbulos y como soy tan niña no te diré que salgan bien educados porque sigo sin valor para el castigo. Las señoras de la tertulia no pasan un mes sin verme y doña Justa y doña Sofia jueves y domingos. Soy muy feliz; á ellas las debo todo y especialmente á mis padres adoptivos y á tus ruegos cariñosos á la señora para que me dejara con ella. Como doña Justa y doña Sofia tienen tan numerosísimos conocimientos y amistades en las afueras de la ciudad, han encontrado dos señoras de edad solteras que poseen una casa hermosa y grande rodeada de jardines y ceden una amplia sala con balcones á éstos, comida y ropas y admiten la enferma siempre que la asistan Siervas de Jesús en su enfermedad. Día y noche te acompañará una Sierva de Jesús. Las señoras de la tertulia te visitarán alternando doña Justa y doña Sofia diariamente hasta que estés buena y yo cuanto me lo permita la Superiora. Vas á estar en la Gloria. Vente pronto que te esperan para consolarte almas muy llenas de caridad y los brazos de tu hermana,

Sor Mauricia Justa.

(que es mi nombre de Religiosa)

Pocos días después de esta carta fué instalada en la casa de campo Fani: á Julita parecióla aparición celeste y sus palabras suaves y amorosas música de arrobadora melodía todas las señoras de la tertulia la visitaron y consolaron y D.^a Justa y Sofía traíanla en sus propias manos algun manjar de su mesa para avivar el apetito. Y sin disciplina de catecúmena ni dogma de enseñanza y solo con sus conversaciones piadosas y caritativas unidas á las de la hermana Justa Mauricia trasplantaron aquella alma muerta en creencias religiosas, firmísima fe y lo que valían para el que tanto sufrió por el hombre las dos virtudes de la resignación y el perdón de las injurias. Y como todo lo que la rodeaba era halagüeño la salud empezó á restablecerse. Muchas veces la encontraron mirando al cielo y con las manos juntas; presentía un mundo ajeno á toda miseria humana y allá se iba el pensamiento y el alma. Un ministro de Dios la había lavado con la absolución completa de todos los actos de su vida y contrición perfecta había olvidado las faltas con ella de otros seres. No merecía murmuraba santamente no merecía yo este dulce bienestar pues no soy Sor Mauricia ni D.^a Justa y Sofía yo soy un ser inferior, y sin embargo, la Madrecita de los pecadores, me ha presentado á su hijo y purificada con su intercesión de toda escoria humana. Que bien estaba así á pesar de su fatigosa respiración y carencia de sueño. Si, era feliz; pero aunque ella se pusiera mejor ya nunca la llevaría con él, porque no servía para trabajar la mandaría alguna letra lo suficiente para sus pequeños gastos.

Así pasó el verano; pero vino el otoño con sus brisas húmedas y frescas y puso un aro de hierro en sus pulmones que la oprimía fuertemente y una tardecita en que la luz del crepúsculo se apagaba suavemente, vió la enfermera que se apagaba también la

respiración de la enferma y llamó con urgencia á Sor Mauricia que llegó volando, y todavía la reconoció la paciente, y dirigió su mirada á la Virgen que tenia enfrente de ella y balbuceó algo como oración ferborosa: era la salve que á los pocos momentos terminaría en la otra vida y con la sonrisa en los labios espiró cuando la luz matutina entraba espléndida por las ventanas, doña Justa y Sofia llegaron en aquel momento, Sor Mauricia salió á recibirlas y las dijo dulcemente: vuestra caridad ha sido fecunda. Ella ha subido al cielo y yo aspiro á seguirla. Habeis salvado las dos Bohemias.

En mi Aldea de Sta. María.— Julio 1902.

Maria del Castillo.



EL

Maestro de Pumares



EL MAESTRO DE PUMARES

Mameluco daba vueltas y vueltas entre sus manos á un guiñapo que el llamaba sombrero y usaba para librarse del sol, y murmuraba: cuidado; que es mucho cuento que lo mismo es sentarme sobre la yerba para cuidar la Morena y la Gallarda (son dos hermosas vacas) que me acometen todos los días las mismas murrias y... no quisiera porque me saltan las lágrimas pero... ellas vienen y se plantan en mi cabeza y dale que le das y no... porque me doliera el golpe otros me daban pero mi madre... la madrecita mía que tanto quiero me apenó mucho me diera tan fuerte y... tenía razón ella; estaba encendiendo la lumbre y con un manojito que yo la hubiera llevado no se la apaga mas... con mis siete años encima no sirvo para nada con mis tullidas piernas y allá la pobre no tuvo mas remedio que salir por el corral y... claro me encontró en medio muy enfadada y me dió con el pié fuertemente y me dijo... quitate de ahí estorbo y... tenía razón pero... á mi dan ganas de llorar... otro día también (era domingo) nos iba á mudar de camisa á mis hermanos y á mí; había una que no estaba cosida; yo ya tenía la mía en las manos porque estas las manejaba bien y mirando la rota dijo: andad mudaros vosotros, que *ese* bien está así y me la

quitó y... lo sentí porque me alegraba mudarla... yo como nunca salía á la calle tenía pocas alegrías y para mí mudar la camisa era señal de fiesta y... vamos lo sentí mucho: y que me llamara «ese», y no, no era mala para mí, me daba de comer como á todos no dejaba á mis hermanos que me pegaran nunca, mudaba mi camisa como á los otros; blusa y zapatos no, la primera la ensuciaba poco, y los segundos no los había calzado nunca, pero yo... quería que mi madre no se enfadara conmigo, porque la quería... la quería sin fin pero me acometen estos recuerdos y... no los quiero ¡va! se acabaron; á ver que me ha puesto en la cestilla la señora Juana ¡ay! ¡ay! lomo de cerdo con arroz, de lo que cenó anoche el señor cura ¡qué viejita esta más buena! por ella aprendí á leer y escribir por ella me enseñaron andar y fui á la escuela y sé cuentas ¡concho! la quiero mucho mucho, pero un poco más á mi madre: si ella fuera mi madre cuanto la querría pero... como no lo es tengo que querer un poquito más á la madre mía. ¡Jesús, Jesús!, ya estoy sentado en el suelo con las piernas dobladas á la costumbre; en cuanto me descuido... al suelo Mameluco; vamos, vamos á comer la merienda, sentado como un hombre, en aquel canto alto y grande que hay allí, y á llevar allá la familia, (las dos madres y los dos terneros), y cuando venga paseando acá el señor cura tan contento al ver que las he variado el pasto.

MAMELUCO

El mismo se puso este nombre, (el de pila era Manuel), al empezar á hablar y en su casa y en la Aldea le llamaban así. Era hijo de la viuda de un jornalero y vino al mundo con las piernecitas desmesuradamente largas, y según los curanderos decían á su madre al

echar andar se fortificarían y se harían regulares, pero no se cumplieron las profecías y no anduvo al año ni á los cuatro ni á los siete los cuales pasó sentado en una vieja manta doblada; y si bien los brazos y el busto tenían proporciones perfectas, las piernas se cruzaban para sentarse en el suelo como dos pedazos de maroma y así estuvo sentado primero en la manta, y después en un asiento de silla que le regaló la madre del cura, inmediata vecina suya.

Allí le dejaban en un balconcillo desvencijado mientras se iban todos al campo, allí durante la misa solo los días festivos. Hasta que un día en que estaban jugando los chicos después de la escuela les voceó desde el balcon la señora Juana á quien ellos tenían respeto por el señor cura.

Llevad este niño ahí al corro no seáis sinvergüenzas que os comeis las nueces y no dáis una á este angel de Dios, que no puede ir á cogerlas como vosotros, allá voy doña Juana, dijo un grandullón y me le traigo acuestas, y yo, y yo, vociferaron todos, no, no, cada día uno les contestó la anciana, y se le llevaron, y se volvía loco de verse en la calle: un chiquitín llevó al asiento cual un trofeo y él quedó custodiado como un Rey; ¿quién se atrevía á tocarle? y vino su madre y volviendo la cabeza á la ancianita la dijo riendo: usted me le habrá bajado, eh? no, yo, dijo el grandullón pero nos lo mandó ella, y ya todos los días bajó al corro y los de fiesta con blusa limpia como sus hermanos. A los pocos días volvió la buena señora sobre su protegido. presentándose con los bolsillos llenos de nueces en medio del juego. Os habéis portado muy bien con el tullidito, y ahí vá para vosotros un bolsillo, y otro para el niño que juegue con todo, que las manos las tiene listas y sanas, va; á tirar al hoyo, y sinó á ponerle de rodillas á ver cojedle por debajo de los brazos,

ay, ay, se cae, se cae, doña Juana no importa, todos los días le levantáis un poquito á ver si que lo conseguimos; hoy juega sentado; vamos á tirar al hoyo y tiraba y se hizo jugador y llegó á estar de rodillas, después le pasearon alternando los niños, y por último, la madre le entregó á un curandero famoso que le entablilló las piernas y antes de dos años y sin cumplir diez, una pierna quedó rígida, y otra tan corta y desarticulada por rodilla y cadera que cuando echaba un paso adelante y se fijaba en ella, hacia mil contorsiones al cuerpo para sostener el equilibrio. Y así quedó, apto para muchas cosas excepto para bailar, pero en cambio como sus brazos y manos eran de agilidad extraordinaria, tocaba el acordeón para hacer bailar á las muchachas, y toda la gente joven llegó á quererle y aún á mimarle por su habilidad en la música: más para las mujeres... nada, en cuanto se ponía de pié y echaba andar, adiós mis habilidades y á nadie se la hubiese ocurrido tenerle por novio. Pero volviendo atrás en nuestro relato unos años; en cuanto la señora Juana le vió andar, le dijo á su hijo el cura, sabes que tengo la idea de que Mameluco vaya á la escuela, á nosotros una peseta no nos empobrece más, y le voy á mandar. Como usted quiera madre, yo le iba á enseñar á leer, no, no, con los niños á la escuela, y cuando sea mayor le enseñas latín y que sea cura. Cuando Mameluco lo supo creyó volverse loco, y para pagarle tan cariñosa deuda se encargó de la «gallarda» y la «morona» que eran del señor cura, y antes de ir á la escuela á llevarlas á beber y al prado, y por la tarde cuando salía de ella á recogerlas y meterlas en el establo, y la señora Juana á darle leche de almorzar y leche de merienda, y desencanijar al tullido: y aprendió á leer y á escribir rápidamente, y llegó á no tener que enseñarle el profesor, y él, en vez de cura le tiraba

la inclinación á maestro de escuela, y la señora Juana ayudarle; y con los dos empeños de protectora y protegido, consiguió sus deseos; pero las mozas casaderas al verle andar se resistían, apesar de su título y que le iban á dar muy cerquita del pueblo escuela y estaría su mujer de señora. Entre las mozas del lugar descollaba la garrida esbelta y graciosa Rita más que por su hermosura era célebre por sus chistes. En cuanto llegaba al corro del baile ya estaban dando carcajadas sus oyentes, la cortejaban todos los mozos algo, pero ella los desdeñaba con sus bromas y no se fijaba en ninguno. Una tarde se presentó en medio de mozos y mozas y le dijo: Hoy traigo una noticia que todos os quedaréis así añadió, abriendo la boca; es una noticia que trae dos diversiones muy grandes (boda y tornaboda) una para algunos y otra para todos, pero escuchad, el que no la crea no irá á ninguna de las dos ó no disfrutará de ellas, si me prometéis creerla bien y si no prometme que no iréis. Así lo haremos, pero habla pronto. Ya sabéis que la que se va á casar lo tiene muy calladito y no quiere que nadie lo sepa, sí; pues yo voy á decir mi casamiento á voces. Yo me caso con... con... con... con un indiano? dijo una voz, no; con... con... no; uno que le ha tocado la lotería? con Mameluco, las carcajadas resonaron tanto, que se fueron aproximando al corro las viejas, la madre del interesado siguiendo la broma dijo (si te quiere) si me quiere, eso me faltó añadir, y yo soy la madrina dijo la señora Juana (si te quiere) y yo os caso añadió el cura *si te quiere* Mameluco con su acordeón en las manos corría silenciosamente, sin darse por enojado; la novia se le acercó y le dijo: maestro, esto no quita para que bailemos como todos los domingos, con que haz el favor de tocar y bailó hasta entrada la noche como si nada hubiese pasado y marchó cada cual á su casa lo mismo

que los demás días. Al siguiente Mameluco, ó Manuel como le llamaban todos, por mandato del cura, se fué á casa de éste como de costumbre, ya en visperas de ir á tomar posesión de su escuela y le dijo á su protectora: ha visto usted esa atrevida de Rita que bromas trajo ayer al corro, no son bromas Manuel, es muy ladina y sabe lo que hace; ella no quiere trabajar en el campo, y con cualquiera de sus pretendientes no tiene más remedio que doblar la cerviz, y señora maestra. puede ser holgazana y se la ha echado de persona chistosa y con sus chistes se casa contigo cuando quieras, y lo siento. Tenia yo para ti á la Martina que nos asiste, que es limpia, trabajadora, y honrada y sería buena compañera. Mameluco oyó á su segunda madre muy sorprendido, y la contestó, ¿cómo compara usted á esa miaja de mujer con la buena moza del pueblo que tiene más novios que quiere y todos los trae locos? Martina y yo que soy tan soso como ella, en cualquiera parte donde fuéramos se reirían de nosotros, pero de Rita, ella, se reirá de todos y hará su marido buen papel siempre; no la conoces, es una locona voceadora y revoltosa que cuando deje de ser joven no dejará en paz á nadie, pero á ti ya nadie te sacará de tus trece, porque tu sumisión, tu bondad, y tu quietud, se estrellarán con su descaro, su desenvoltura y sus gritos, y no tenemos más que hablar, Mameluco daba vueltas á una cayada que siempre llevaba en la mano y no había quien le sacara de su sorpresa de verse marido de la mejor moza del lugar y sus contornos. Ay doña Juana esto es mucho para mi y todo será broma; tristeza y muy tristeza si que será, porque ni ella te dejará á ti ni tú á ella. Yo te aviso con tiempo, después no lo llores. Se fué á su casa y oyó de su madre las mismas palabras por haber hablado ésta del asunto antes con la madre del cura, pero con todas aquellas atinadas y ma-

ternales advertencias, él, se creyó un prohombre, al ser amado y elegido esposo de la Garrida, y dióse en sus apáticos pensamientos, á gozar al deleite de ser pospuestos todos los mozos que soñaron con Rita, á su humilde personalidad y como decía la señora Juana, quien sacaría de sus trece á Mameluco, cuando las dos afecciones más caras de su existencia no podían convencerles. La Garrida con sus chanzas callejeras llegó á la madre del cura y la dijo: que habrá usted dicho de mis bromas de ayer en el corro? nada, hija nada, que serán de veras y que tu vas ganando, yo? respondió entre enojada y festiva la graciosa; pues mire usted que ninguna moza de Pumares se casaba con él, pues harían mal, porque Manuel es muy bueno, maestro de escuela, y un buen entendimiento, y su cuerpo y brazos muy sanos y solo tiene, una pierna imperfecta, no diga usted eso señora, si está todo *desencuadrado*. Y no le querrás? Yo, de lo que digo en broma no me vuelvo atrás, ni me arrepiento, si me quiere, me caso con él, y digan las gentes lo que quieran, y además me dá lástima verle siempre mirándome con unos ojos y con un cariño que no quiero despreciar, y que digan y más digan señora Juana. Mameluco supo por su protectora la conversación habida, y una tardecita y ya sin timidez alguna se acercó á la fuente y aguardó á la Garrida y la acompañó á su casa, y la dió mil millones de gracias por su amante cariño, y tan... novios los dos. Y mal ó bien la madre del cura fué madrina su hijo los casó, y buscó escuela cerca para ver con frecuencia al maestro, y allá fué el matrimonio á ocuparla porque la Garrida tomó parte activa en ello.

Ésta siguió con sus bromas callejeras; y sirviéndose de ellas para tomar á una la jarra de leche de ovejas á otra los huevos de sus gallinas, aquella

las habas frescas, á ésta las uvas y aunque por lo bajo la criticaban al ver á sus dos niñitos sucios y mal alimentados, todo hubiera ido pasando, si una mala hora de ira no la tragera larga vida de sinsabores y disgustos. En la escuela había un chiquillo ya grande en quien se fijó para que le ayudara en sus quehaceres, y el primer día que le mandó á la fuente por un botijo de agua lo fué de muy mala gana, murmurando algo entre dientes y desde entonces, le tenía un poco de ojeriza y esperaba ocasión de vengarse, que se la presentó subiendo la escalera de su casa que dominaba la escuela, y oyéndole contestar al maestro con poco respeto, dejó los cántaros que llevaba en las manos y cogiendo al chicuelo por un brazo, le dió de bofetadas hasta que arrojando sangre por boca y narices, pudo desasirse de sus manos, y echar á correr á su casa. Al verle su madre, y saber quien era la autora, llamó á otras vecinas y presentándose en la escuela, y escondida la agresora dieron sobre el pobre pedagogo, con tan sin número de adjetivos injuriosos, que los agotaron, hasta que una graciosa como Rita las dijo: no le llaméis más motes y dejarle uno: «tio Nada» sí sí eso así tio Nada, que usted no es nada. Rita harta de oír denuestos, se asomó á la ventana y gritó á la madre, á su hijo no le he pegado yo, se dió *una morrada* que se labe en la fuente y quedará tan fresco; el chico ya lo había hecho y la contestó: ¡mentira! me pegó usted porque no quiero traerla agua. Las vecinas se retiraron muy enojadas con la Garrida, quedando la fama de la chistosa muy mal parada, y desde aquel día como sucede en los pueblos pequeños que se hacen eco de la denuncia siempre, con verdad ó mentira, se empeñaron todos en que la maestra ocupaba á los niños en sus faenas, y se fué quedando desierta la escuela, y no hubo más remedio que trasladarse muy

lejos de Pumares, que es donde reside en la actualidad y desde aquella época hace dieciseis años. La maestra después de bien sermoneada por el cura y su madre, y advertida de lo sucedido pensó en variar de plan en adelante, y como su pedagogía no alcanzara más que al castigo de los niños que no la agradaban, le relegó al maestro, cuando ella lo iniciara. Éste á quien la graciosa de la quimera puso por mote «tio Nada» se quedó reducido al mote, de tal manera que fué la Garrida dibujando su autoridad y dentro de su casa era un cero sus dos hijos ya de 17 y 18 años para nada contaban con él. Madre, colóqueme usted en la tienda de don Juan, madre á mi en casa del Boticario, ó de criado del Marqués, y Mameluco en silencio como si fuera el ser más extraño en la familia.

Así se crían los frutos de su enseñanza en la aldea, no había nada seguro en ella, ni huerto ni frutas, todo lo merodean sin que se les haya enseñado moralidad jamás, no hay respeto á la ancianidad, ni á la propiedad, ni á personalidad alguna. Ejerce de cacique el pedáneo, auxiliado por el alcalde, que es la fuerza mayor, y como el pedáneo es un hombre de veintiocho años que todavía fué á la escuela de Mameluco, y sabe á qué atenerse en el lugar, es el reyezuelo más tirano y despótico de la antigua Roma: pero solo para sus utilidades: la invasión en la hacienda ajena le tiene sin cuidado, y lo llama cosa de muchachos; de éstos alguno poco afortunado y denunciado por tal cual daño de la Aldea, ya tiene su vivienda en un correcional por tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y Mameluco tan digno de su nombre. Todas las tardes sube con la Garrida desde las escuelas, por la pendiente que conduce al corro, y en una casita que fué taberna y que la rodean rústicos asientos de piedra, se sienta con unas cuantas mujeres que reunidas

zurcen más con la lengua que con la aguja, y hasta que anochece él y su mujer les acompañan: á veinte metros de distancia pegan, alborotan riñen y se destrozan, sus discípulos. Con frecuencia pasa una vecina con sus cántaros y se oye un ruido de algo que se rompe: una pedrada, que sale del montón y ha roto un cántaro, la mujer se vuelve loca; uno dice que éste, otro que el de más allá, la mujer recurre al maestro que contesta estoicamente «yo en la escuela» nada más. Otro día tiran á los indefensos cristales, la dueña clama: ¡maestro! ¡maestro! estos niños; yo á leer y escribir señora, van á misa se colocan en dos bancos paralelos, y uno ríe, otro pellizca. aquel grita, éste llora, y el pedagogo detrás impasible: se le acercan maestro esos niños? ahí tienen sus padres: yo en mi puesto.

Y de todo esto resulta que en Pumares (y en otras aldeas lo sucederá lo mismo) se están formando una pléyade de hombres del pueblo, para en un día ocupar celdas que seguramente no pertenecerán á conventos. Un día se le acercó una persona de arraigo y formalidad y le dijo: Maestro, V. no cumple con su deber; yo cuando era niño y lo mismo los otros de mi edad en cuanto veíamos al maestro, nadie osaba hacer la mas pequeña travesura, por el respeto que nos inspiraba. Yo creo que su autoridad en recinto tan pequeño como éste, no debe circunscribirse á enseñar á leer, y no lo siento solo porque me dejan sin frutas, sin hortalizas. sinó por el porvenir de estos niños; oh si señor! pero á mi no me dejan obrar. Un día recién venido aquí, vi al hijo del pedáneo anterior, tirar una pedrada y romper un cristal, me acerqué y le toqué en el hombro con mi baston para reprenderle, cuando vi salir como un basilisco á su madre y decirme: usted á enseñar el «A, B, C» (si le sabe) que á mi hijo le enseñan sus

padres educación; ya se sabe lo que son chicos, éstos no hacen mas que diabluras, y usted no habrá hecho pocas en su edad rompiendo cristales, si no que habrá *descalabrado* á más de cuatro y se llevó su hijo tan satisfecha de su obra. Y desde entonces no me meto en nada.

Pues maestro, repito que no cumple usted con su deber usted hubiera sido un buen oficial de ebanistería ó de sastre subordinado y respetuoso pero constituido en autoridad no llevan sus discípulos camino de ser hombres que honren su Patria.

En mi aldea de Santa Maria, Julio de 1902.

Maria del Castillo.



SL F-135

29908



10000142784

